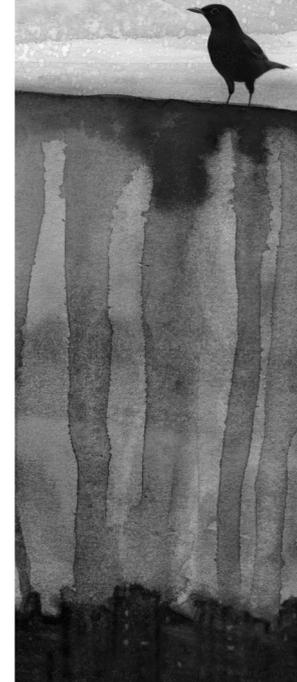


65%
agua

65%
agua



ISABEL ALBA

cambalach
narrativa 

1ª edición Noviembre 2014

Edita: cambalache
C/ Martínez Vigil, 30, bajo. 33010 Oviedo. Tfno.: 985 20 22 92
e-mail: cambalache@localcambalache.org
www.localcambalache.org

Autoría (texto y fotos): Isabel Alba
Diseño y maquetación: Amelia Celaya
Fotomecánica: Fotomecánica Principado
Impresión: La Cooperativa

Depósito Legal: AS-00932-2014
ISBN: 978-84-939633-8-5
Impreso en papel reciclado

Todos nuestros libros están editados bajo licencia copyleft; esto significa que está permitida su reproducción, modificación, copia, distribución y exhibición, siempre que se haga citando a la autora o autor, sin ánimo de lucro y bajo la misma licencia.

Frente a cánones e impuestos creemos que el interés de la publicación de libros es difundir sus contenidos, servir de herramientas educativas y de debate; por eso todos los libros que publicamos se pueden descargar gratuitamente en www.localcambalache.org



Febrero



Siempre que entra en el vestuario de la piscina piensa en un harén. Para Elisa un harén es un recinto reservado a las mujeres en el que ningún hombre tiene cabida. Exactamente como el vestuario. Elisa nada muy bien. A crol, a braza o a espalda, se mueve en el agua con soltura. Todas las mañanas, a las siete en punto y durante media hora, recorre la piscina de lado a lado, sin detenerse ni desviarse un milímetro de su carril, con la precisión de un tiralíneas sobre el papel. Después sale al exterior controlando el temblor de las piernas fruto del esfuerzo muscular realizado y se calza las zapatillas de goma azul, se envuelve en la toalla y con la bolsa de deporte al hombro y el gorro de natación en la mano, se dirige al vestuario. Abre la puerta de un empujón y recibe en la piel mojada el impacto de la atmósfera, cargada y espesa, en la que el vapor de agua se mezcla con una heterogénea combinación de fragancias. Elisa no usa colonia. Desde niña aborrece que los cuerpos, y muy especialmente el suyo, huelan a otra cosa que no sea a piel. Durante el lapso de tiempo en que permanece en el vestuario Elisa deja de estar en guardia. Mientras busca un hueco para colocar su bolsa reposa la mirada en los cuerpos desnudos o a medio vestir de las mujeres, de todas las edades, que se agrupan junto al largo banco de madera clara donde dejan la ropa.

Algunas conversan de pie al tiempo que se friccionan enérgicamente con la toalla, se masajean el cuerpo con crema o se ponen la ropa interior; otras, sentadas, se maquillan en silencio o se concentran en abrocharse la blusa o en atarse los cordones de las zapatillas.

A Susana la conoció en el vestuario. Silbaba bajo el agua de la ducha. Era un silbido enérgico y alegre. Con una sonrisa franca le preguntó si la molestaba. Acabaron hablando. En realidad, quien hablaba era Susana. Trabajaba en una fábrica de muebles, a las afueras de Hamada. Entrenaba por las mañanas antes de ir a fichar. Había ganado tres veces la travesía al islote de San Cristóbal. Ocho kilómetros en un tiempo récord.

Mientras nada, Elisa siente continuamente la violencia del discurrir. Entre brazada y brazada no puede evitar mirar de reojo las agujas del gran reloj redondo que preside la zona de piscinas. Sin embargo en el vestuario, rodeada de todos esos otros cuerpos que se muestran como si estuvieran solos, pierde la noción del tiempo. Libre de su peso, se demora en el roce de la tela del bañador al despegarse de la piel o en el contacto de sus pies con el suelo, sorprendentemente liso y húmedo. Inmersa en la inalterable armonía que transmiten todos aquellos cuerpos desnudos, se abandona a la presión del agua, muy caliente, al tacto escurridizo del jabón y a la agradable suavidad de la toalla al secarse.

Susana tenía las rodillas ásperas. Después de la ducha, se las embadurnaba con aceite de oliva. Lo traía en un

frasco pequeño, de cristal oscuro, que depositaba sobre el banco, junto a su ropa.

A Elisa cada vez le cuesta más abandonar el vestuario. Retornar al exterior le provoca un choque brusco. Casi violento. Le pasa como en las pocas ocasiones en que ha ido al médico. Mientras espera para entrar en la consulta, se le acelera el pulso. El aire le llega con dificultad a los pulmones. Aunque ella ni siquiera lo sospecha, se trata de una reacción involuntaria ante un peligro inminente. El cuerpo se prepara para salir corriendo.

Cuando deja el polideportivo, son las ocho y está lloviendo. Se sube la capucha del anorak y sus músculos recuperan la rigidez que los caracteriza. Pero, como en la sala de espera del médico, no echa a correr. Tan sólo aligera el paso. El veintitrés, cegado por una cortina de agua, es una mancha imprecisa a lo lejos.

Una vez se olvidó la toalla. Susana le ofreció la suya. Era áspera, como sus rodillas. Y estaba húmeda. Acababa de retirarla de su cuerpo.

Elisa se abre paso entre los pasajeros hasta hacerse un sitio junto a la puerta trasera. El veintitrés deja atrás el barrio de Corne, construido donde estaba la antigua fábrica de neumáticos a la que debe el nombre, el polideportivo y el instituto de bachillerato y cruza el Zobra por el puente nuevo, el de la Concordia. Lluve cada vez más. A través de la ventanilla observa cómo una pátina mortecina tiñe de gris los edificios de las facultades de Magisterio y Filosofía.

El veintitrés gira a la derecha y atraviesa la recta y ancha calle Gloria, la principal del Ensanche. Se detiene en la plaza de los Chorros, junto al hotel Continental, el más antiguo de la ciudad. Por los cristales de las ventanillas resbalan gruesos regueros de agua; visto a través de ese prisma, el paso de cebrá parece una tela rayada surcada de pliegues y arrugas. Cruzan de nuevo el río por el estrecho puente viejo, el de la Salud. El viento arrecia con fuerza y los menudos tamarices de la Alameda se encogen en sus jaulas metálicas. Los pasajeros que esperan para ir a Corne se agolpan bajo la marquesina, el agua gotea por los bordes de la cubierta y forma cercos húmedos, oscuros, sobre los hombros de los abrigos.

La persiana de La Casa del Café asciende con un molesto chirrido que Elisa no nota porque lo lleva oyendo todas las mañanas desde hace trece años. Una luz débil y dispersa en la que flotan partículas de polvo se extiende por el interior. Sorteando las mesas de mármol, se dirige hacia los ventanales cerrados que dan sobre el río. Una a una, va abriendo las contraventanas. La lluvia y el viento golpean con fuerza los cristales y rompen el silencio, largo y pesado, del café todavía vacío. La escasa luminosidad que llega desde fuera permite vislumbrar la barra gris metalizado y las estanterías en las que se apilan, cuidadosamente dispuestas, numerosas variedades de café en grano, las latas y los paquetes de té, distintos tipos de cacao, las galletas bretonas, las infusiones a granel y las mermeladas inglesas. Elisa pulsa el interruptor y los ocho neones del techo se encienden de dos en dos hasta saturar de luz el local. Mientras se pone el uniforme, oye a Agustín que se

queja del derroche que supone tener encendidas todas las luces y la voz aguda de Teresa que le replica si es que lo va a pagar él. Cuando sale, Agustín ha desconectado los neones y la luz del exterior, sombría y vacilante, envuelve de nuevo el local. Elisa baja de la estantería la lata grande de café. Al abrirla, el aroma dulzón y pegajoso de los granos se extiende a su alrededor. El sonido del molinillo se mezcla con la tos de Agustín, que se pasa lentamente la mano por el escaso pelo gris mientras aspira con ansiedad y gesto huraño la primera calada de un cigarrillo. Se ha quitado el abrigo y la bufanda y se ha quedado con el pantalón negro y la camisa blanca del uniforme, que siempre trae puestos de casa. Elisa llena el portafiltros y lo fija en su sitio. Como cada mañana, oye a sus espaldas el sonido de la puerta al abrirse y la voz ronca del vendedor de periódicos que tiene el puesto cerca de La Casa del Café. Un rastro a papel mojado se impone sobre el aroma del café recién hecho.

«Mi madre es un cangrejo y yo soy un cruasán», la frase la asalta de repente y Elisa la rechaza también de golpe, como si fuera una pelota que alguien le ha lanzado y tiene que devolver.

La primera vez que salió de Pedrosa tenía siete años. Hacía tres meses que había muerto su hermana Julia.

Su madre camina por la avenida Jaime I de Zaragoza unos pasos por delante de ella, sin apartar la mirada del frente, como si nada pudiera distraerla. Viste un abrigo negro. De cuando en cuando, sin volverse, le mete prisa y

ella imagina con temor el gesto de severo reproche que se dibuja en su rostro. Al llegar al portal de la notaría, le pide que la espere allí, sin moverse. En cuanto su abrigo negro desaparece en la sombra del zaguán, Elisa observa los edificios, tan altos comparados con las casas de Pedrosa, y los anuncios publicitarios que cuelgan de los balcones de algunos de ellos. Se asoma a los portales, grandes y oscuros, que huelen a humedad, y mira asombrada los escaparates de las tiendas. Pasa un largo rato delante de La Flor de Almíbar, una confitería detrás de cuya cristalera se apilan a distintos niveles de altura las fuentes de pasteles, merengues y lenguas de gato. Luego regresa al portal y espera bajo la placa dorada que anuncia la notaría sin apoyarse en la pared por miedo a mancharse la ropa.

Durante las horas siguientes, y pese a sus esfuerzos, dos medias lunas, similares y al mismo tiempo diferentes, no dejarán de importunarla.

* * *

2

Carmen sube la escalera delante de él. El blanco de la enagua que usa como vestido resalta su piel tostada. Va descalza. Ha dejado las alpargatas en el jardín. Él se siente incómodo dentro de la camisa de rayas que se ha comprado a última hora y de los pantalones grises que no pegan con las sandalias. De vez en cuando se vuelve y le sonrío, animándole a seguir adelante, apenas puede ver sus ojos a través del largo y liso flequillo negro, pero distingue la línea suave de los labios y la nariz, dominante, recta y grande. En la puerta de la habitación, Carmen le rodea el cuello con los brazos y le aprieta con fuerza contra ella mientras le besa en la boca. Luego le agarra por los hombros con las dos manos, tira de él hacia abajo y lo arrastra, resuelta, hasta el suelo. Intenta levantarse para cerrar la puerta, pero ella se lo impide rodeándole la cintura con las piernas, el borde de la enagua cae sobre su pecho dejando los muslos al descubierto, y él se sorprende de que unas piernas tan delgadas tengan tanta fuerza. Mientras follan, no puede apartar los ojos de la ventana abierta por la que se cuela un cielo azul intenso, translúcido como un cristal. Sopla una ligera brisa y las voces de los niños –el hermano pequeño de Carmen celebra su primera comunión– lo envuelven desde el jardín.

Primavera en Madrid.

Andrés gira la cabeza hacia la cristalera que da a la terraza, por la que entra una tenue luz blanca, y se encuentra cara a cara con el invierno. Está en Hamada, su ciudad natal.

El pinchazo doloroso que acaba de sentir lo produce la distancia insalvable que hay entre lo recordado y el momento presente. Cuanto más te esfuerzas por penetrar en un recuerdo –lo ha analizado muchas veces– más grande se hace la brecha que te separa de él.

Se incorpora en la cama y enciende un cigarrillo en el momento exacto en que suena el despertador. Acalla el pitido y mira a su alrededor por inercia. Entre la cama y el ventanal se interpone como una sólida barrera la mesa de castaño que estuvo durante su infancia dos pisos más abajo, en la cocina de sus abuelos maternos. En el canto del grueso tablero cuadrado hay una muesca que indica el sitio exacto en el que su abuela tenía la picadora de carne. Sobre ella se encuentran ahora su ordenador portátil, los apuntes para las clases en un desordenado montón y los últimos libros que ha sacado de la biblioteca sobre Descartes. Colocada en un pequeño atril, hay una reproducción de *El hombre con una moneda* de Hans Memling que compró en el viaje que hizo con Blanca a Bélgica y a su lado una figurilla de un guerrero africano que le trajo Elena de Senegal. Ella misma la puso ahí y él no se ha decidido a cambiarla de sitio, a pesar de que cuando levanta la cabeza del ordenador para buscar el camino entre la

maraña de palabras, sus ojos, antes de posarse en el fresco verdor de la terraza que tanto le relaja, se cruzan, no hay manera de evitarlo, con la impenetrable mirada de ébano. En la pared de la izquierda, dentro de una vitrina, está su colección de relojes, todos de cuerda, todos anteriores a 1950 y todos parados porque jamás repara las piezas. Justo enfrente, en el interior de un armario modernista de hierro azul al que quitó las puertas, tiene las planchas eléctricas, toscas, modelos de los años veinte, con el mango de madera pintado de rojo o de negro. En un lateral del armario hay pegadas tres fotografías suyas. La primera es en blanco y negro. Apenas tiene cinco años. Lleva un jersey de cuello en pico y una pequeña corbata a rayas. Sonríe con la cara entre las manos y el flequillo, recto, le roza las cejas. En la segunda es muy joven. Echa la cabeza hacia atrás en una carcajada mientras sostiene un porro entre los dedos índice y corazón, el disparo de la cámara ha paralizado la mano a mitad de camino hacia la boca, y el pelo, largo y descuidado, le cae sobre los hombros. La tercera es de hace sólo un año. Se la hizo su hijo Miguel, en la terraza. Lleva unos pantalones de pana y un jersey azul pálido que le sienta bien. Tiene el pelo como ahora, muy corto, canoso y ralo. Los párpados, algo caídos, restan vivacidad a los ojos. Detrás de la cristalera hay una amplia terraza abarrotada de plantas. El entorno familiar hace que se sienta tranquilo. Le cuesta levantarse.

Con el cigarrillo consumido entre los dedos, atraviesa un estrecho pasillo cuyas paredes están cubiertas de libros. Los volúmenes se acumulan en las estanterías aprisionándose los unos a los otros por falta de espacio. Algunos

todavía conservan el celofán en el que iban envueltos. Otros, en cambio, los ha releído tantas veces que las páginas se agolpan entre las tapas, sueltas y sin orden.

Otra vez Carmen.

Se sienta en la cama, pasa la mano por su brazo y se aprieta contra él, solo lleva puesto un jersey grande y negro de lana muy gorda. Le quita de las manos *La isla del tesoro*, encoge las piernas, se cubre con el jersey hasta los tobillos, acomoda el libro sobre las rodillas y lee en voz alta. Tiene una voz vibrante, tan potente que nadie diría que brota de un cuerpo ínfimo.

«Quince hombres van en el cofre del muerto, iyo-jo-jo y una botella de ron!».

La coge por las piernas y la tumba sobre la cama. El libro cae con un golpe seco. Le sube el jersey con brusquedad pero no se lo quita, la deja presa y ciega entre la lana. Le aprieta sin piedad los senos con las manos mientras con la cabeza la fuerza a abrir las piernas y busca ansioso el clítoris entre el vello, oscuro y abundante. Carmen gime y se mueve suavemente. Él recorre ávido una y otra vez con la lengua el breve y tenso montículo. Carmen le oprime el rostro con los muslos. Le cuesta respirar pero no cede, desliza la lengua en la vagina y la empuja inquieto en su interior como si le acuciara tocar fondo. Carmen gime más alto y se mueve más y más rápido. Le aprieta tanto la cabeza que siente que va a estallarle, pero prefiere ahogarse entre sus piernas a pararse.

«La bebida y el diablo acabaron con el resto, iyo-jo-jo y una botella de ron!».

Carmen suspira levemente y relaja los músculos. Él sale húmedo y sin aliento de la oscuridad de su vulva. Ahora puede verla. Está muy quieta. Acaricia con los ojos la delgada línea de las piernas, las lomas de la cadera y la curva casi imperceptible de los senos. Más arriba, sólo hay un borrón de lana negra. La busca con urgencia y cuando da con ella la besa excitado en la boca.

Enciende la luz del cuarto de baño. No ha oído llegar a Miguel, pero encuentra su rastro por todas partes. Las zapatillas de deporte están sobre la alfombrilla y la ropa se amontona dentro del bidé, hay una toalla todavía húmeda en el suelo. Arroja la colilla al váter y mientras mea con la mirada fija en los restos del cigarrillo que se debaten bajo la presión del chorro de orina, le invade de nuevo la sensación de incomodidad que tiene cada vez más a menudo desde que Miguel vive en su casa. Abre el grifo de la ducha, se enjabona con precisión y se aclara rápidamente antes de que el vapor, que tanto le desagrada, llene el cuarto de baño.

* * *

El temporal ha amainado y el río discurre tranquilo, ha recuperado en parte el color verde, aunque apagado, y el sol se esfuerza por hacerse sitio en un cielo todavía cargado de nubes. Son las dos de la tarde. Teresa se ha ido hace rato. Suena el pitido del microondas. Agustín abre la puerta con un chasquido y extrae del interior su tartera. Se dirige con ella en la mano a una de las mesas más apartadas de la barra, cercana a los ventanales. Se sienta. Saca un pañuelo blanco del bolsillo y se lo pasa por la frente en un gesto idéntico al de cada mediodía, da igual que sea invierno o verano, luego lo dobla cuidadosamente y vuelve a guardarlo. Elisa termina de limpiar la barra, escurre la bayeta y la deja bajo el fregadero. Se despide de Agustín, que contesta con un movimiento de cabeza.

Al pasar por El Silva, se para un momento a leer la programación del fin de semana. Un par de comedias románticas y una película bélica. Le gustan las películas románticas aunque hace tiempo que dejó de interesarle el amor. Lo apartó como un territorio incómodo, repleto de molestas obligaciones. Si tuviera que explicarlo, diría que es pereza y lo achacaría a la edad. A veces accede a una relación sexual pasajera. Pero el sexo compartido también le aburre. Sin

duda prefiere la masturbación, aunque si alguien se lo preguntara, lo negaría rotundamente.

Saca el mp3 del bolsillo del anorak y lo conecta con des-gana. El álbum tiene poca fuerza, nada que ver con los de antes. No se lo dirá a Paula y recuerda que tiene que llamarla, lo hará en cuanto llegue a casa. Apaga el mp3. «I can't get no satisfaction, cause I try and I try», canturrea. Recorre a paso rápido la calle Mayor en dirección al puente viejo. Reconoce a muchas de las personas con las que se cruza, pero no podría decir dónde las ha visto antes. Hamada no es grande. Se abrocha bien el cuello del anorak y acelera el paso, sorteando con agilidad los charcos para evitar mojarse las botas de ante. Por el carril de bicicletas hace footing un hombre de unos sesenta años. Se lo encuentra a menudo, corre arriba y abajo, a veces se detiene e insulta a los ciclistas o a los perros que se atraviesan en su camino.

«I can't get no, I can't get no,
I can't get no satisfaction...».

No consigue recordar el resto de la letra.

* * *

4

Nuestros cuerpos están preparados para vivir entre cuarenta y cuarenta y cinco años, ni uno más. A partir de ese momento ya no hay garantía. Estamos fuera de fecha. La máquina sigue funcionando por inercia, pero las piezas se deterioran día a día. Al final pasa como con los relojes de la vitrina, la maquinaria se para y es imposible volver a ponerla en marcha. Se lo explicó Elena hace tiempo, es médica y le gusta hablar de esas cosas, y él últimamente no consigue dejar de pensar en ello. Dentro de dos meses cumplirá cincuenta años. Llevará cinco años sin garantía.

¿Cuándo se parará la maquinaria? O lo que es peor, ¿cuándo las piezas estarán tan deterioradas como para llegar a desear que se pare la maquinaria?

Desde el mostrador de secretaría Itziar le hace un gesto con la mano. Andrés responde con el mismo gesto y una sonrisa. Le gusta Itziar. Tiene el pelo castaño muy corto, un cuerpo menudo y un aspecto tranquilo.

Hay momentos, cuando se encuentra de buen humor porque ha avanzado algo en su libro sobre Descartes o ha echado un buen polvo la noche anterior, en que disfruta

con esa sensación de libertad que supone ser un fantasma cuyos días hace tiempo que han dejado de estar contados. Entonces el tener un cuerpo caducado no sólo no le importa sino que le supone un alivio. Nada cuenta, todos los días son de más, puede hacer con ellos cualquier cosa.

Tiene clase de filosofía a las tres con primero de bachillerato. Le espera una hora de risas tontas, conversaciones más tontas todavía y ojos enrojecidos por el sueño y los canutos. Siente una pereza enorme. Lleva más de veinte años dando clase de filosofía, cinco de ellos fuera de garantía. Itziar ni siquiera ha cumplido treinta años, aún no sabe lo que significa vivir fuera de fecha. Se acuerda de Miguel con rabia. Debería obligarle a ir a clase. Desde fuera del aula oye las voces de los alumnos.

Descartes, a esa hora, no haría mucho que se habría levantado de la cama.

«Por debajo de la puerta entra una rendija de luz, pero la habitación permanece en sombras, apenas iluminada por los rescoldos que la criada, que ha entrado de puntillas al amanecer, se ha ocupado en avivar. Dentro de la cama y cubierto con un grueso edredón, René disfruta, como cuando era niño, de sus ensoñaciones. Escribirá más tarde, a la luz del mediodía, sobre la mesa de madera, con la ventana que da al jardín abierta de par en par».

Mientras abre la puerta del aula le asalta una duda, ¿folleaba Descartes? Sólo recuerda que tuvo una hija, Francine, fruto de su relación con una sirvienta. ¿La misma

que le encendía el fuego de la habitación todas las mañanas en Leiden y Egmond? Nunca lo había pensado. Lo buscará al llegar a casa. Un proyectil de papel le roza la cara. Descartes sobrevivió a su fecha de caducidad apenas ocho años. Una chavala tropieza con una mochila y cae sobre un chaval. Los dos estallan en risotadas. Andrés no se molesta en imponer silencio, no hace falta, actúan mecánicamente, le ven y se callan. Deja la cartera en el suelo apoyada contra la mesa. Les da la espalda despacio y borra la pizarra sin leer lo que está escrito en ella. Después se quita la chamarra, hace calor, y la cuelga del respaldo de la silla. Al hacerlo, tantea el bolsillo para ver si sigue ahí su paquete de tabaco y al notar el tacto familiar siente cierto alivio y una débil sensación de felicidad, algo parecido a esperanza. Cuando termine la clase, saldrá a fumarse un cigarrillo. Luego coge de nuevo la cartera, la pone sobre la silla, la abre y extiende encima de la mesa, con un orden casi maniático, todo lo necesario para la clase: el bolígrafo, la agenda para apuntar las faltas de asistencia, el libro de texto que aborrece tanto como aborrecía los suyos cuando iba al instituto –pero del que ahora al menos entiende la función, evitarle a él pensar qué hacer durante cincuenta y cinco minutos seis veces por semana–, su cuaderno de notas y las gafas –sus ojos hace tiempo que han dejado de enfocar, han sido las primeras piezas de la maquinaria en fallarle. Las saca de la funda y las limpia cuidadosamente. Las voces vuelven a elevarse, aunque ahora algo más controladas. Andrés abre el libro de texto por la página señalada y lee el comienzo del ejercicio: «Busca las relaciones existentes entre la película *Blade Runner* y los

movimientos filosóficos que conoces». Inútil. Sus alumnos no conocen ningún movimiento filosófico. Posiblemente muchos de ellos no saben qué quiere decir ni movimiento ni filosófico.

—Abrid el libro por la página treinta y ocho y haced el ejercicio sobre *Blade Runner*.

Las voces suben de tono unidas en una protesta generalizada. A él tampoco le gusta *Blade Runner*, aunque no lo dice. Aborrece esa tendencia del cine a vulgarizar la filosofía.

¿Cuándo se parará la maquinaria y tantas cosas se perderán para siempre?

No había caído el muro de Berlín.

Franco acababa de morir.

Ahora hay silencio. Apenas un leve murmullo cuando se interrogan los unos a los otros sobre cómo contestar a las preguntas.

Los grises entraban a caballo en la universidad.

Lo único que le gusta de *Blade Runner* es Sean Young. Está estupenda con su vestido ceñido, los labios muy rojos y ese flequillo tupido y largo que casi le tapa los ojos.

¿Cuál es la fecha de caducidad de un caballo?

Les esperan en fila a la altura de la Facultad de Medicina. Llueve y las gotas rebotan sobre los cascos de los grises. Los caballos apenas se mueven, parecen pegados al suelo, pero tan cercanos que no puede evitar mirar sus patas, sus flancos y las botas negras que reposan en los estribos. Es de los primeros, aunque hay muchos más a su lado y a su espalda, no los ve, pero los siente y oye sus voces, «¡amnistía, libertad!», «¡amnistía, libertad!». Delante sólo están los caballos y las porras. Es entonces cuando Carmen le coge la mano. Nunca antes había ido a una manifestación, pero tampoco antes le habían cogido así la mano. Siente un escalofrío, sabe que no es de frío ni por estar mojado, tampoco es por miedo a los grises y a los caballos sino por la mano. Ya ni siquiera ve los caballos. Sólo siente la mano, pequeña y suave, y un poco fría dentro de la suya. La verdad es que no sabe qué hacer con ella, pero tampoco piensa ni por un momento en desprenderse de ella. Quiere que la mano siga ahí, que los caballos sigan quietos, que nada se mueva. Quiere una eternidad.

Llueve cada vez con más fuerza.

Y el mundo se pone de nuevo en marcha. Les empujan. Los caballos levantan las patas y relinchan, muy despacio al principio, como a cámara lenta. Luego todo se precipita, «amnistía, libertad», «amnistía, libertad», «amnistía, libertad». Carmen le aprieta la mano, él la agarra más fuerte. Gritos. «¡Corre!». Resuenan los disparos de los botes de humo. «¡Corre!, ¡corre!». Todos corren. Y él corre sin soltar la mano, no puede perder la mano. El humo se extiende, lo cubre todo. La avenida de la Complutense

desaparece y con ella se evaporan también los familiares edificios de Medicina y Farmacia. La mano de Carmen es ahora lo único real, la aprieta, la aprieta mucho mientras corren y ella ni se queja ni le suelta, no puede perder la mano. Entonces nota el golpe y lo que les separa es más fuerte aún que lo que les une y pierde la mano. Le golpean la espalda, la cabeza, las piernas, no ve quién le pega, sólo recibe los golpes. Le pican terriblemente los ojos y la garganta, intenta gritar pero no puede, incluso le cuesta respirar. Se protege la cabeza con las manos y un golpe le lanza al suelo. Le pisan, le aplastan, siente los cuerpos encima y también los siente debajo de él. Empuja, gime, se levanta y corre, corre hasta salir del humo, corre hasta que no tiene fuerzas, corre hasta que ve delante de él la Facultad de Ciencias de la Información. Se detiene, ha dejado de llover, pero no se sienta en la escalera a pesar de que las piernas apenas le sostienen. Nota un líquido caliente que le resbala por la cara. Baja la cabeza. La sangre gotea sobre el suelo. Asustado se lleva la mano al rostro. Se mira los dedos. Es la nariz. Ahora le duele. Oye de nuevo gritos, carreras. «¡Amnistía, libertad!», «¡amnistía, libertad!». Suena, seco, un disparo. Después, silencio y otro disparo. «¡Policía, asesina!». No se vuelve a ver si ha caído alguien, sólo corre y piensa en caballos. Cuando llega a Guzmán el Bueno ha empezado otra vez a llover. El agua le cae por la cara y le alivia el picor de los ojos.

La reconoce por las piernas, a lo lejos, tan delgadas como las de Olivia, la novia de Popeye. Cojea un poco. Piensa en llamarla, pero no tiene ganas de gritar. Va hacia ella, ahora le ha visto y va hacia él. Se abrazan por primera

vez y por primera vez se besan. Luego Carmen le sonrío con los labios rojos de su sangre. Vuelve a besarle, la lluvia les moja el pelo y los ojos, les empapa los zapatos y les cala la ropa.

Los murmullos aumentan. Han debido terminar el ejercicio.

Caminan juntos y abrazados, pierna contra pierna, muy pegados, hasta la glorieta de Cuatro Caminos.

—Empieza a corregir, Inés.

* * *

El gato salta al alféizar de la ventana de al lado. Rayado como un pequeño tigre, se tumba en la estrecha repisa y se estira al sol que asoma, sin fuerza, entre las nubes. Sus miembros expresan una languidez envidiable. Elisa lo observa desde la habitación de Paula mientras coloca en una percha su bata negra y su delantal blanco, limpios y recién planchados. El sol no entra en la casa más que en los meses de verano, a primera hora de la mañana. Entonces suele despertarse temprano, levantar la persiana, correr las cortinas y abrir la ventana de par en par. Cuelga la percha dentro del armario y vuelve a mirar al gato. Transmite una placentera sensación de indolencia. El resto del año el sol gira en el cielo rehuyendo, de las cuatro torres de la plaza de Corne, sólo la suya. Por la mañana, si el cielo está despejado, la claridad se detiene bruscamente al otro lado de los cristales; la luminosidad exterior parece chocar sin remedio con un muro transparente pero impenetrable manteniendo el interior siempre en sombras. Por la tarde, el sol cae sobre el edificio de enfrente y la luz rebota en los cristales de las ventanas y entra desdoblada, como proyectada con una lupa gigante, en la casa. Hace tanto daño a los ojos que se ve obligada a echar las cortinas.

Haga frío o calor, en cuanto sale un rayo de sol, el gato se escabulle del interior de la casa de al lado y se estira sobre el alféizar. Abandonado a la luz parece fundirse con su entorno.

Suena el teléfono. Descuelga. Las palabras fluyen de la boca de Paula sin tregua, como un torrente vivo e imparable, «¿por qué no me has llamado, mamá? ¿Te ha gustado el álbum de los Rolling? Barcelona es preciosa, cada vez estoy mejor aquí, en la facultad me va muy bien, conozco a un montón de gente, pero te echo de menos. Tengo ganas de verte...».

Lyón es lo más parecido a ser feliz. Trabaja en un hotel. No ha cumplido veinte años.

Lyón es lo más parecido a ser feliz.

Extiende la colcha de raso que cubre la enorme cama de matrimonio y se retira unos pasos para dirigir una mirada al cabecero de bronce al que acaba de sacar brillo. Echa las pesadas cortinas de la ventana y deja la habitación en penumbra. Revisa después el salón. Sacude un cojín que le parece que está poco mullido y limpia una pequeña mancha del fondo de un cenicero de cristal. Entra en el cuarto de baño. Se acomoda en el borde de la bañera y saca el telegrama del bolsillo del delantal. Lo ha recibido esa mañana, antes de ir al hotel. Lo mira despacio por un lado, luego por el otro. Lo aprieta entre los dedos, le da vueltas en la mano. Por fin se decide a despegar el papel y abrirlo.

Lo lee rápidamente, vuelve a cerrarlo y lo guarda otra vez en el bolsillo del delantal. Se levanta y limpia con la manga de la bata el grifo del bidé. Recorre por última vez la habitación comprobando que está todo en orden. Se dirige a hablar con la encargada. No hay más trabajo para ese día, puede irse a casa. Se cambia de ropa y sale a la calle. Su padre ha muerto. Al pasar junto al Ródano se fija en que las hojas de los árboles están intensamente doradas. Sentada en el autobús, saca de nuevo el telegrama del bolsillo y lo lee despacio. Su madre le pide que vuelva a casa.

El gato se ha puesto de pie y se estira voluptuosamente sobre sus patas delanteras.

Mientras se cambia de ropa, observa su cuerpo. Se refleja con nitidez en la puerta de espejo del armario. El pecho cuelga sin peso entre los hombros y el vientre muestra una piel poco firme, como si debajo no hubiera carne. Su cintura se ha ensanchado y sus nalgas están impregnadas de una redondez que le es extraña.

Nunca vio a Susana fuera del vestuario. Era allí donde, de un banco a otro, separadas por una larga fila de cuerpos desnudos y comentarios cruzados en voz alta, conversaron durante años. Susana le contaba, les contaba con toda naturalidad cualquier cosa. Se quejaba de lo incómodos que eran los tampones o de lo cabrón que era su jefe, con la misma jovialidad con que comentaba que la mar estaba picada, dónde encontrar los gorros de baño más baratos o los atractivos del nuevo entrenador.

La primera vez que percibió su cuerpo como algo ajeno fue hace unos meses, en el vestuario, cuando lo vislumbró junto a los de las otras mujeres. Como ahora, no le produjo inquietud, sólo desconcierto y, quizás, curiosidad.

Se ata las zapatillas de deporte. Sale y cierra la puerta. Cierra también la puerta del salón y la del dormitorio de Paula; un solitario póster de Los Ramones cuelga encima de la mesa de estudio de su hija.

A Paula le gustaba mirar al gato.

Hamada tiene una salida, por la carretera vieja, la antigua general a la que ahora ha sustituido la autopista, entre pinos, tres kilómetros de curvas hasta llegar al mar, a Playa Ancha. Elisa pedalea rítmicamente, deja atrás Corne, la zona comercial de San Marcos, la judería y la muralla y sube pedaleando con todas sus fuerzas la empinada cuesta que va a parar a la carretera vieja. No se ve ni un solo coche. Pedalea entre los pinos acompañando su respiración para soportar el aire que le llega helado a los pulmones hasta que Hamada se pierde en la lejanía. Ahora todo es silencio, denso y agradable. El cielo se despeja poco a poco y el sol se cuele, todavía débil, entre los pinos que bordean la carretera. Al rato la pista se hace más angosta y aumentan las curvas. Por fin, tras una de ellas, se divisa, gris verdoso, el mar. El cielo aún está oscuro, pero en el horizonte una franja azul anuncia el cambio de tiempo. A partir de ese momento, la carretera bordea la costa, se pega a ella hasta que la arena la lame por completo, entonces Elisa mete la bicicleta en

la playa. La encalla, como un viejo bote, en la arena. Se sienta sobre una piedra mirando hacia el mar, con la espalda apoyada en el tronco de uno de los pinos. Un rayo de sol le da de lleno en el rostro. Cierra los ojos y se deja envolver por la sensación de calor.

Ahí sentada es como el gato en el alféizar de la ventana.



Marzo



Hace un día especialmente frío, oscuro y triste. Las nubes, pesadas y grises, se abaten sobre los edificios, todos iguales, que se alzan a ese lado del río, hoy de un sombrío color herrumbre, y un rabioso viento norte levanta remolinos de aguanieve bajo cuya embestida se encogen los escasos árboles. Elisa tiene suerte y aunque el veintitrés va abarrotado consigue un asiento junto a la puerta trasera. Pone la bolsa de deporte en el suelo, a sus pies, se desabrocha el anorak y conecta el mp3. Una capa blanca, opaca, empaña las ventanillas sustrayendo a su mirada el paisaje cotidiano. En la radio dicen que España registra el mayor número de nacimientos desde 1985; según el Instituto Nacional de Estadística, el promedio de hijos por mujer es de 1,32. Al llegar al puente de la Salud, el autobús se detiene y los pasajeros que se agolpan junto a la puerta de salida empiezan a bajar. Elisa se pone de pie con la bolsa de deporte en la mano.

En la antigua garita de la guardia del puente, una vieja mendiga se acurruca entre cartones e increpa a los transeúntes con frases inconexas. Lleva un sombrero negro del que se escapan algunas guedejas apelmazadas y blancas y el abrigo, también negro, le roza unas sandalias muy

deterioradas por las que asoman unos gruesos calcetines agujereados.

En el reloj de la catedral dan las ocho y media.

Se quita el jersey de cuello vuelto, las botas de ante y los vaqueros en la trastienda. Se pone la bata del uniforme y, antes de abrochársela, busca sus medias que siempre deja en la percha junto al resto de la ropa. Se han caído sobre el estante de abajo del armario. Se agacha para recogerlas y, al incorporarse, descubre a Agustín detrás de una pila de cajas de refrescos vacías. La luz de la bombilla de escasa intensidad que ilumina el cuarto proyecta su sombra sobre un viejo cartel de madera verde que anuncia que en La Casa del Café se sirven desayunos y meriendas desde 1895. Elisa se abrocha rápidamente la bata. Agustín se da la vuelta sin prisa y desaparece entre los montones de sillas y mesas deterioradas. Elisa termina de vestirse, se ata el delantal y se pone los zapatos.

Se la folla contra la puerta del armario nada más entrar en la habitación. Ni siquiera le quita la ropa.

Se besan en el coche, un beso largo y apasionado. Se han conocido un par de horas antes. Antonio pide la llave en la recepción del hotel, habitación 511. Se detiene un instante en la puerta antes de abrir y le muestra con orgullo la cerradura, «mira, es de las que fabricamos nosotros». Se la folla contra la puerta del armario nada más entrar en la habitación. Ni siquiera le quita la ropa. La agresividad

del polvo contrasta con la dulzura de sus ojos mientras la besaba en el coche.

Elisa llena el portafiltros y lo fija en su sitio. Una ráfaga de aire frío que entra por la puerta recién abierta anuncia la llegada del vendedor de periódicos. No le gusta su rostro arrugado de ojos pequeños y maliciosos, labios muy finos y nariz enrojecida por el alcohol. Agustín le suele dar conversación y le invita a las copas.

Antonio no era alto, pero tenía un aspecto agradable. Con tacones, ella era más alta que él. Por eso no se ponía tacones, para no parecer más alta que él.

Cierra la lata del café y la deja entre el té verde y la manzanilla. En el lugar donde antes estaba el bote, junto al descafeinado en grano, queda un cerco claro que resalta sobre la madera oscurecida por el paso del tiempo. Un descuido sin importancia del que Elisa no es consciente.

Susana era más alta y corpulenta que ella. Había nacido en Asturias. Emigró a Hamada cuando era niña. Ella llegó hace veinte años, para casarse con Antonio. Nunca supo si Susana tenía pareja o hijos. Hablaba poco de esas cosas. Prefería hablar del tiempo y de la mar, de la temporada de la sidra, de la cerveza alemana y las alubias frescas. Y silbaba y cantaba en la ducha. Le gustaba su voz, alta y modulada, tan diferente al tono templado, inalterable, de los habitantes de Hamada.

Están solas en las duchas.

Acaba de divorciarse de Antonio. Imagina que se lo cuenta a Susana. Cree hablar tanto –aunque en realidad está callada– que se siente avergonzada.

Susana pulsa el agua. La espuma se desliza por su cara y su cuerpo hasta perderse en el suelo, a sus pies, entre manojos de pelos. Y eso ya no sucede en su imaginación.

Entonces Elisa tenía cuarenta años y su viejo cuerpo. Y estaba Paula.

* * *

2

Itziar apaga el ordenador y lo cubre con la funda. Se pone de pie y comienza a recoger sus cosas. Andrés la observa desde el otro lado del mostrador de secretaría y duda, una vez más, si pedirle que vayan a tomar algo. Itziar mete la agenda en el cajón de la mesa, lo cierra y guarda la llave en su mochila, coge un archivador y se vuelve para colocarlo en la estantería que está a su espalda. Desde donde se encuentra, puede ver su culo, redondo, quizás excesivamente grande para alguien tan menudo, confinado en los vaqueros y se lo imagina blando y suave. Esto le anima y va hacia ella, ahora con más decisión, pero no llega a hablarle, una alumna de segundo de bachillerato se interpone en su camino. Le pregunta por el resultado de un examen. Andrés coloca la cartera sobre el mostrador, busca el examen en su interior y empieza a revisarlo con la alumna. Mira de cuando en cuando a Itziar, que termina de ordenar unos papeles. Vislumbra su cadera ancha y sus pechos, no demasiado grandes, que resaltan bajo la camiseta azul oscuro. Disfruta observando cómo se pone el jersey, el anorak y, finalmente, un gorro de lana roja que le sienta muy bien, resalta sus ojos oscuros y su nariz algo respingona. Entonces Itziar sale de secretaría –se despide de él con una sonrisa– y Andrés comprende que se le escapa sin remedio. Mientras ve resignado

cómo atraviesa la puerta del instituto, la tensión que le ha acompañado hasta ese momento desaparece de golpe y cede el sitio a una mezcla de decepción y de alivio. No sabe qué es más fuerte, si el miedo a encontrarse inmerso en una situación desconocida que no pueda controlar o el deseo de perderse en un cuerpo extraño y, sobre todo, joven. En realidad, lo primero que siente es alivio. Se despide de la alumna y se encamina hacia la puerta sin pensar en buscar a Itziar, que ha salido hace escasos minutos. Su única expectativa es fumarse un cigarrillo. Lo enciende con ansiedad en cuanto pisa la calle. Ha dejado de llover y un sol débil lucha desesperadamente por asomar entre las nubes.

Es al cruzar el carril de bicicletas, muy cerca ya de la parada del autobús, en el momento en que arroja el cigarrillo consumido al suelo, cuando le invade la sensación de frustración. El alivio deja paso, poco a poco, a la decepción. Lucha como puede contra ella. Se persuade de que pasar el resto del día con Itziar habría sido una pérdida de tiempo, puede aprovechar mucho mejor la tarde escribiendo su libro sobre Descartes que tiene abandonado desde hace un par de semanas. Saborea con placer la imagen de sí mismo encerrado en su habitación con los *Conciertos de Brandenburgo* a todo volumen, viendo atardecer a través de la ventana mientras se sumerge en la decisión de Descartes de abandonar su voluntario retiro de veinte años en Holanda y aceptar la proposición de Cristina de Suecia de ser el filósofo de la corte de Estocolmo. Entonces, una música estridente acalla el bello concierto de Bach y la imagen de Miguel tirado sobre la cama

en calzoncillos –posiblemente acaba de despertarse– fumando un canuto tras otro mientras en la minicadena aúlla sin piedad un CD de Heavy Metal se impone sobre la suya. Se ha acabado el tiempo de ser colegas y fumar juntos, desde que viven en la misma casa están en guerra. Sabe que si le dice que baje la música y haga algo útil le contestará subiéndola todavía más y echando el pestillo a su puerta. Siente rabia hacia Blanca por haber puesto su vida patas arriba. A veces sospecha que largarse a México y dejar con él a Miguel es su venganza por tantos años de mentiras. Enfocarlo de esta manera le tranquiliza pues le libera de cierta sensación de culpabilidad que subyace en su interior, pero al mismo tiempo se rebela ante la idea de expiar ahora sus faltas pasadas. El desaliento se adueña de él sin remedio. Al llegar a la parada del veintitrés sabe positivamente que por ese camino acabará deprimiéndose. Saca el móvil y llama a Elena.

Pulsa el timbre y se sobresalta desagradablemente al oír una versión sintetizada de la *Para Elisa* de Beethoven resonar en el interior de la consulta. Elena le abre la puerta vestida con la bata blanca que usa cuando atiende a los pacientes. El pelo le cae sobre los hombros, oscuro, brillante y liso. Le sonrío. Siempre le ha irritado su sonrisa y para borrarla la besa en los labios y, rodeándola con los brazos, la empuja hacia dentro. La apoya contra la pared y le desabrocha, despacio, la bata. Elena cierra los ojos. El sujetador negro resalta entre la bata blanca y la piel, también muy blanca. Lo aparta y le chupa excitado los pezones y va bajando, a besos y mordiscos, desabrochando botones, hasta las bragas negras y las aparta también para

esconder su boca en el vello negro del pubis. La empuja hacia abajo hasta que los dos ruedan por el suelo y la sigue mordiendo y besando mientras follan sobre la moqueta blanca. Elena mantiene los ojos cerrados, pero no emite un gemido, ni siquiera un leve suspiro. Le exaspera y le excita al mismo tiempo no lograr que pierda la compostura. Le excita tanto que acaba por olvidar que le exaspera.

Pulsa el timbre y, antes de que suene, recuerda que por su culpa aborrece la *Para Elisa* de Beethoven. Elena le abre la puerta vestida con un abrigo negro, debajo del que sobresalen sus piernas bien formadas cubiertas con medias negras y unos zapatos, también negros, de tacón alto, de los que tanto le gustan a ella. Elena le besa suavemente en los labios y le sonrío, con esa sonrisa que ya ni odia a fuerza de costumbre, y le aprieta, cariñosa, un brazo mientras le empuja hacia fuera. Cierra la puerta detrás de ella. «Vamos por las escaleras, necesito hacer ejercicio», se ríe, «hay un sitio nuevo, en el hotel Continental, comida oriental. ¿Te gusta, verdad? Ya he reservado».

Elena camina agarrada a su brazo por el ensanche. A Andrés siempre le ha gustado el ensanche. Se conoce de memoria sus calles rectas y amplias. Las casas, todas de cuatro pisos con miradores de madera y balcones de hierro forjado, le producen una agradable sensación de homogeneidad que sólo se rompe cuando se detiene a mirarlás con más atención. En realidad son todas diferentes, varían los colores –las hay amarillas, grises, azules–, la disposición de los tejados, los ornamentos de las fachadas e incluso la forma de los miradores; los redondos, muy

escasos, son sus preferidos. El sol se ha abierto paso entre las nubes y, aunque apenas calienta, es agradable sentirlo en el rostro. Elena le habla con vivacidad de su trabajo, de los pacientes de la consulta, de los problemas del hospital, donde es jefa de oncología, y de un congreso, en Múnich, en el que ha estado hace poco. Nada personal. Se detiene dos veces. Una ante una tienda de decoración, una antigua cordelería, en la calle Fortuna, y le muestra fascinada un escritorio. Otra en una tienda de ropa, ya en la plaza de los Chorros, para mirar el precio de una falda.

El restaurante es elegante, con un toque exótico muy del agrado de Elena. El servicio la saluda, se ve que come allí a menudo. Se sientan y piden un menú de degustación y una botella de vino blanco –lo elige Elena. Comen despacio, saboreando los alimentos en silencio. Luego Andrés le habla de Miguel y de Blanca, de su libro sobre Descartes y, con el postre que sólo toma ella, de Itziar. Elena le escucha sin decir palabra y cada vez que hace una pausa esboza una leve sonrisa como para animarle a seguir adelante. Cuando ya no le queda nada por contar, la mira interrogante, ahora también él en silencio. Pasan unos segundos que se le hacen eternos. Puede palpar la tensión, pero no sabe a qué se debe ni cómo romperla. Elena da un sorbo de té, deja la taza sobre el plato y pone suavemente, sólo un instante, una mano sobre la suya, después busca a la camarera con la mirada y le hace un gesto para que traiga la cuenta. Pagan a medias.

Se despiden en la puerta del hotel Continental. Andrés insiste en acompañarla de vuelta a la consulta, pero Elena

se niega. La observa mientras se aleja por la calle Gloria, muy erguida sobre sus zapatos. Cuando por fin la ve doblar la esquina de Fortuna, imagina que vuelve a detenerse delante de la tienda de decoración para admirar el escritorio, incluso que entra y lo compra. Sonríe para sí ante esta idea. Luego camina despacio, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, hacia el otro lado de la plaza y siente que a cada paso que da le invade de nuevo, como una oleada, la sensación de frustración. Se detiene delante de la librería Alonso Vega, una tienda pequeña, abarrotada de libros, que conoce desde niño y enciende un cigarrillo. Es el último. Arruga el paquete, busca una papelera con la mirada y, al no encontrarla, se lo guarda en el bolsillo para no tirarlo al suelo. Entonces se da cuenta de que ha sido la conversación con Elena lo que le ha desanimado. Ella le ha dejado desahogarse para evitar, de este modo, cualquier tema que pudiera incumbirla. Se siente desarmado y un poco ridículo al haber caído tan fácilmente en la trampa. Tal vez Elena tenga un nuevo amante y no se lo ha dicho. La idea le provoca malestar, más por vanidad herida que por celos. Da una calada al cigarro y fija la mirada en el escaparate de la librería. La expectativa de comprarse un libro le anima y, por un momento, incluso le pone eufórico. Tira el cigarrillo y entra.

Revisa detenidamente los expositores con las novedades. Hojea algún volumen, lee una contraportada con desgana y no se decide por nada. A continuación, sus ojos recorren de arriba a abajo las estanterías. Ahí se encuentra más a gusto. Es terreno conocido. Están muchos de los libros que ha leído a lo largo de su vida. *Billy Budd*, *El corazón de las*

tinieblas, *El rojo y el negro*. Coge *El gran Meaulnes*. Lo leyó de un tirón, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la cama, una tarde de vacaciones. Debió de ser el mismo verano en que se acostó con Elena y decidió casarse con Blanca. Recuerda la rabia que le produjo saber que Alain Fournier no había escrito nada más. No le dio tiempo, lo mataron en la Gran Guerra. Vuelve a guardar en su sitio *El gran Meaulnes* y entonces descubre una edición de tapa dura de *La isla del tesoro*, con buen papel y una cuidada impresión. Le produce el mismo impacto que si hubiera dado con el libro por primera vez y tuviera la intuición de que iba a gustarle. Con él en la mano se dirige a la caja, lo paga y se lo lleva sin envolver. Al abrir la puerta cree oír a su espalda el sonido breve y seco que hace la pata de palo de John Silver *el Largo* al golpear contra la cubierta del barco acompañado por la voz estridente del capitán Flint: «piezas de a ocho», «piezas de a ocho».

Una vez en la calle, guarda el volumen dentro de la cartera y se lleva la mano al bolsillo de la chamarra para sacar un cigarrillo, entonces se acuerda de que no tiene tabaco, tira al suelo el paquete vacío y arrugado y se dirige a comprar otro al kiosco del centro de la plaza. El viento ha dejado de soplar y el cielo está completamente despejado, pero sigue haciendo mucho frío. Un hombre mayor, al que ha visto otras veces, hace footing por el carril de bicicletas.

* * *

«El origen del topónimo Hamada es oscuro. A pesar de su semejanza con el término árabe *hammad*, parece más probable que derive del verbo latino *amare*, amar, pues *hammad* designa un lugar árido, desértico y pedregoso que difícilmente podría identificarse con el fértil paraje natural, a orillas del caudaloso río Zobra, en el que fue levantada la ciudad. Hamada cuenta en la actualidad con 102.433 habitantes. Su reducido tamaño hace de ella un lugar cómodo para quienes la habitan y asequible para el visitante. El clima es templado y agradable, con frecuentes lluvias en primavera y otoño. Sus principales actividades económicas son el comercio y el turismo. Además de por sus atractivos naturales, entre los que destacan la cercanía del mar y las amplias extensiones de pinos que la circundan, Hamada se distingue por sus valores arquitectónicos, muy especialmente por un bello casco antiguo que data del siglo IX...». Encuentra la guía mientras limpia la cocina, dentro de un armario, perdida entre cuadernos de recetas. En la primera página está escrita la fecha, con su letra y bolígrafo negro, veintisiete de agosto de 1987.

«Si te vas con él, esta vez no vuelvas», su madre se interpone entre la puerta y ella.

Sube al coche y le dice a Antonio que arranque. Mientras se alejan vuelve la cabeza y ve a su madre todavía en la puerta, con el gesto hosco que la caracteriza en el rostro. Lleva puesta la bata de casa. Le sorprende que sea azul, nunca se había fijado. El coche coge velocidad, dejan atrás Pedrosa y enfilan la carretera camino de Hamada.

Paula aún no mide diez centímetros y apenas pesa cuarenta gramos, flota en el interior de su vientre en una bolsa llena de un líquido translúcido.

La temperatura ha descendido, el termómetro de la entrada del hospital de Nuestra Señora marca sólo dos grados. Elisa se dirige al centro comercial de San Marcos, donde están los multicines Warner y el único McDonalds de Hamada. Baja por las escaleras mecánicas hasta el sótano y entra en el supermercado. Recorre los familiares pasillos de forma ordenada, a paso rápido, llenando con regularidad el carro. De pronto, comienza a sentirse incómoda, tiene la vaga sensación de estar perdida entre las filas de productos que conoce tan bien. Se para aturdida y revisa la lista de la compra. Lee las palabras escritas, pero no alcanza a entender su significado. No logra concentrarse. Nota algo parecido a un vacío que le oprime la boca del estómago y gira el carro con resolución, como para obligarse a recuperar las fuerzas. Se detiene unos segundos más tarde en la zona de los productos de limpieza. El corazón le late muy rápido. La sensación de vacío aumenta, le oprime el pecho. No sabe qué hace allí. Se dirige a la carnicería y coge número. El corazón le late tan fuerte que se siente incapaz de esperar. Se guarda el número

en el bolsillo, se encamina hacia las cajas, vacía el carro y paga. Con una bolsa en cada mano, sube de dos en dos los peldaños de las escaleras mecánicas. Nota que el cuerpo se le impregna de un pegajoso sudor frío. El bullicio de fondo es continuo, una mezcla de música ambiental, las voces del público y un sinfín de sonidos más difíciles de precisar. Una vez en la planta baja le cuesta encontrar la salida, continúa aturdida y el ruido le resulta cada vez más ensordecedor. En cuanto sale a la calle, se detiene desfallecida, deja las bolsas en el suelo y respira hondo. El aire frío le va entrando, poco a poco, en los pulmones. La presión en el pecho disminuye y se siente algo mejor.

Los Sex Pistols retumban en las paredes del piso y hacen vibrar el edificio entero. Sube de golpe el volumen del casete. Todo está bien. Un furioso «no future, no future, no future for you» escapa por la ventana abierta y rebota sobre los tejados grises del barrio de Corne. El embarazo va bien. Se sube en la escalera de mano a pasos cortos para no perder el equilibrio porque la barriga es ya muy voluminosa. Su matrimonio va bien. Restriegas con fuerza los cristales de la ventana hasta dejarlos completamente transparentes, casi invisibles. Su casa está bien. El casete vocifera rabioso «no future, no future, no future, no future for me». Baja de la escalera. La cinta se acaba y la música se para de golpe. Todo va bien. Se sienta en el suelo, se agarra la barriga con las dos manos, nota cómo el bebé se mueve sin parar en su interior y se echa a llorar. Lloras desconsoladamente, en voz alta, tan alta que sus sollozos retumban en las paredes del piso, hacen vibrar el edificio entero, se escapan

por la ventana abierta y rebotan sobre los tejados grises del barrio de Corne. Lloro durante mucho rato, lloro con todas sus fuerzas hasta que deja de sentir al bebé. Entonces se calma, se seca las lágrimas con el faldón de la camisa. Cierra la ventana y comienza a cambiar de sitio los muebles de la casa. Primero empuja la nevera hasta que consigue llevarla al recibidor, la apoya en la pared que está frente a la puerta de la calle. Después va a su dormitorio, pero no logra desplazar la cama, es demasiado pesada para ella. En su lugar decide mover la cómoda. Le cuesta bastante más de lo que esperaba porque el volumen de la tripa le impide sujetarla bien. Jadea, suda, se pasa el antebrazo por la frente, pone un momento las manos sobre la barriga. El bebé sigue quieto. A continuación saca una a una las sillas del comedor y las coloca cuidadosamente en fila en el pasillo; sorteándolas se dirige a la habitación del bebé, donde está preparada la cuna con las vestiduras limpias y recién planchadas, la arrastra hasta el cuarto de baño y la tira dentro de la bañera. Descansa unos minutos apoyada contra el lavabo. Respira hondo. Se moja la cara, el agua fría hace que se sienta mucho mejor. Luego vuelve al salón y mueve el sofá, le cuesta un esfuerzo sobrehumano situarlo delante de la ventana. Está agotada, pero satisfecha. Se deja caer en posición fetal sobre el sofá. Desde allí se ven las ventanas de la torre de enfrente. Las cuenta y les busca un orden. Hay una abierta, cuatro cerradas con las cortinas echadas, tres con las persianas bajadas, dos abiertas. Se siente tranquila. Todo está bien. Cierra los ojos y se queda profundamente dormida. La despiertan las contracciones.

Camina por la Alameda hacia Corne. Aún le late con fuerza el corazón. La distancia es corta. Hamada no es grande. Se la representa en la cabeza como un circuito cerrado: el casco viejo, el ensanche, Corne, el ensanche, el casco viejo. Camina más rápido. Corne, el ensanche, el casco viejo. Acelera el paso. El ensanche, el casco viejo, Corne, el ensanche. Elisa corre.

Cuando Antonio llega a casa la encuentra en cuclillas, respirando rítmicamente tal y como le han enseñado en el curso de preparación al parto, con la espalda apoyada en el sofá y las manos sobre la barriga. El parto es inminente. Antonio se limita a mirarla y su tranquila expresión habitual se torna casi de manera imperceptible fría y dura. La levanta con suavidad. Bajan en el ascensor hasta el garaje. Dentro del coche, camino del hospital, ella observa con alivio cómo se aleja el barrio de Corne.

El parto va mal y le hacen la cesárea. Paula nace a las tres de la tarde, un mes antes de tiempo. Pesa dos kilos seiscientos gramos. Cuando despierta de la anestesia no quiere cogerla en brazos.

Al llegar a la calle Estrella está tan cansada que suelta las bolsas en el suelo y se apoya contra la pared. Espera un rato antes de sacar las llaves del bolsillo y abrir el portal.

* * *

«‘Solo y en la oscuridad’, murmura de nuevo Descartes y se tambalea. Busca apoyo en la portezuela del coche. Siente un enorme cansancio. Un criado corre hacia él y le sostiene por el costado izquierdo. ‘Ésa no... la pierna derecha’, musita el filósofo». «Ésa no... la pierna derecha», lee en voz alta Andrés. Escribe, «le falta el aire». Levanta los ojos y los fija un segundo, por costumbre, en los del guerrero senegalés, inexpresivos y extraños, para después dirigirlos hacia el ventanal. Vuelve al ordenador. Relee, «le falta el aire». Se levanta y enciende un cigarrillo. Fuma mientras pasea por la habitación.

La reina Cristina le ofrece a Descartes una vida tranquila y sin preocupaciones económicas en la corte sueca. Es lógico que Descartes acepte y abandone definitivamente Holanda.

Si no hubiera abandonado Holanda, Descartes no habría muerto. La decisión de Descartes es, pues, a todas luces equivocada.

Apaga el cigarrillo y vuelve a sentarse. «Con los ojos busca el parque», escribe rápidamente, «extiende los brazos y da dos pasos hacia delante». Lee otra vez: «‘Ésa no... la pier-

na derecha', musita el filósofo. Le falta el aire. Con los ojos busca el parque, extiende los brazos y da dos pasos hacia delante». Vuelve a mirar al guerrero, ahora sin darse cuenta de que lo está viendo. Hace lo mismo con las plantas que pueblan la terraza y que el invierno ha desnudado de hojas.

Le desagrada la reina Cristina de Suecia. En los retratos la representan como una mujer corpulenta, de ojos saltones, nariz grande y un mentón demasiado carnoso. En el que le regaló a Felipe IV viste una camisa blanca, atada al cuello con un cordel negro, y el pelo le cae, enmarañado, sobre los hombros. Nada que ver con Greta Garbo, con su melena corta y rubia, las cejas bien perfiladas y el rostro, tan enigmático, velado por un masculino sombrero de plumas.

El cine vulgariza la filosofía y miente sobre la historia.

Se levanta de nuevo. Abre el ventanal y sale a la terraza. Le embarga la pereza, pero se esfuerza por sobreponerse. Miguel no está en casa, debe aprovechar la tarde. Cierra el ventanal y vuelve a sentarse.

Tampoco le gusta Greta Garbo. Es fría. Y terriblemente distante.

Kim Novak, en cambio, tiene unos ojos rasgados impresionantes y una boca sensual, preciosa. Encuentra su foto en Google, con el pelo muy corto, un vestido rojo y un gato blanco entre los brazos.

Debería escribirle un mensaje a Itziar.

Enciende un cigarrillo, da una larga calada. El humo vela la pantalla del ordenador. Lee de un tirón lo último que ha escrito: «Aún no han dado las cuatro y el coche ya está en la puerta, esperándole. Oye piafar a los caballos desde su cuarto mientras el criado le ayuda a cubrirse con la pesada pelliza. La ropa le envuelve de tal manera que apenas se reconoce en esa figura hinchada e informe. Pero a pesar de tantas cobijas tirita. Baja despacio las escaleras de mármol, frías como su propio cuerpo. 'El hombre anda solo y en la oscuridad', susurra mientras le castañetean los dientes. Las antorchas iluminan la entrada del palacio. Un caballo, negro como la noche y el día en el largo invierno sueco, se encabrita. 'Solo y en la oscuridad', murmura de nuevo Descartes y se tambalea. Busca apoyo en la portezuela del coche. Siente un enorme cansancio. Un criado corre hacia él y le sostiene por el costado izquierdo. 'Ésa no... la pierna derecha', musita el filósofo. Le falta el aire. Con los ojos busca el parque, extiende los brazos y da dos pasos hacia delante».

Si no hubiera abandonado Holanda, Descartes no habría muerto.

Todavía se pregunta cómo podía ver con ese flequillo tan largo.

«Siset, que no veus l'estaca on estem tots lligats? Si no podem defer-nos-en, mai non podrem caminar!». El pelo de Carmen refulge entre las temblorosas llamas de los mecheros que brillan, débiles, en la oscuridad y él se pregunta, una vez más, cómo puede ver con ese flequillo tan

largo. «Si estirem tots, ella caurà i molt de temps no pot durar! Segur que tomba, tomba, tomba; ben corcada deu ser ja». Ella se lo quita de los ojos, como si le hubiera leído el pensamiento, se sienta a su lado sobre la balaustrada –el corazón le late con fuerza al tenerla tan cerca después de haberla tenido tan lejos durante todo el concierto– e intenta cogerle la mano. «Si jo l'estiro fort per aquí i tu l'estires fort per allà, segur que tomba, tomba, tomba; i ens podrem alliberar». Él la retira con brusquedad. «Però fa molt temps ja! Les mans se'm van escorxant. I cuan la força se me'n va ella és més amplia i més gran». Está a punto de decirle que no quiere seguir esperándola temiendo siempre que no llegue y que daría cualquier cosa porque se librara de las octavillas que lleva en el bolso para que no le pida –sabe que lo hará– que las repartan juntos al salir del teatro. «Ben cert, sé que està podrida, però és que, Siset, pesa tant! que a cops la força m'oblida. Torna'm a dir el teu cant». Carmen se aparta de él y le mira con ese gesto tan suyo, entre reservado y ansioso. «Si estirem tots, ella caurà i molt de temps no pot durar! Segur que tomba, tomba, tomba; ben corcada deu ser ja». Y él otra vez se rinde y le pasa el brazo por el hombro y mete los dedos entre su pelo tupido y oscuro, le acaricia la nuca y nota que ha sudado porque todavía tiene el cuello pringoso y cuando lo besa sabe salado. «Si jo l'estiro fort per aquí i tu l'estires fort per allà, segur que tomba, tomba, tomba; i ens podrem alliberar». Y entonces se acuerda de Blanca y dirige su rabia hacia ella, no sabe si porque no se parece a Carmen o más bien porque Carmen no es como ella y siente, por primera vez, un acuciante deseo de volver a Hamada.

«L'avi Siset ja nou diu res;
mal vent que se l'emportà,
ell qui sap a quin indret.
I jo sota el portal.

I mentre passen els nous vailets...».

Si no hubiera abandonado Holanda, Descartes no habría muerto. La decisión de Descartes es, pues, a todas luces equivocada.

Debería escribirle un mensaje a Itziar.

Apaga el cigarrillo. Suspende el ordenador y cierra la tapa.

La puerta del cuarto de Miguel está abierta. Observa con fastidio la cama sin hacer, los vasos sucios, las latas de Coca-Cola vacías, la ropa tirada por todas partes. Abre el cajón de la mesilla. Dentro hay un paquete de condones, un par de mecheros y una china. Le apetece un canuto, pero no tiene papel de fumar. Tampoco encuentra en el cuarto.

Se desalienta nada más pisar la calle. Es de noche. Escasean los peatones y apenas circulan coches. La angustia es una vieja conocida que le persigue desde niño y, aunque nunca ha logrado dominarla del todo, se ha acostumbrado a convivir con ella. Gira a la izquierda al llegar al río y camina pegado al pretil hasta la plazoleta arbolada donde compra el periódico los domingos.

¿Qué edad tendría Cristina de Suecia cuando invitó a Estocolmo a Descartes?

Compra papel de fumar en el kiosco y se adentra, de vuelta, en el casco viejo.

Hay una mujer delante de La Casa del Café, el viento le mueve la falda. Desde donde se encuentra, no es capaz de apreciar su edad o la expresión de su rostro. La farola más cercana está fundida. Gira en Luciérnagas y camina, de prisa, hacia su casa. Está helando.

¿Qué edad tenía Cristina de Suecia cuando invitó a Estocolmo a Descartes?

Lo busca en Google. Veinte años. Y Descartes, cincuenta y cuatro. Apaga el ordenador y se lía un canuto. Se lo fuma tumbado en la cama.

Da la última calada al porro consumido. Se siente tan eufórico que decide ponerle un mensaje a Itziar.

La respuesta se hace esperar. Se arrepiente y vuelve a desanimarse. No puede dejar de pensar en que ha hecho el ridículo.

Saca un botellín de cerveza de la nevera. Mientras lo abre, oye, a lo lejos, la señal del móvil indicándole que tiene un mensaje.

5

Tras los ventanales de la Casa del Café cae la noche. Sólo cuatro de los ocho neones están encendidos y la luminosidad que inunda en parte la sala choca con la negrura que se va adueñando del resto, como si una frontera invisible dividiese en dos el café. Los zapatos de Teresa resuenan rápidos, monótonos, en el mármol. Levanta las cajas de refrescos con ademanes nerviosos y un poco torpes y habla sin parar de sus hijos que ya habrán vuelto del colegio y de lo poco que le gusta que estén solos en casa y de Agustín, que es quien suele encargarse de reponer la cámara, que se ha ido pronto porque decía que se encontraba mal cuando en realidad estaba borracho. Hace rato que se ha cambiado de ropa y el abrigo y la bufanda, junto con la prisa, dificultan sus movimientos. Por fin sale del café lanzando una última retahíla de acusaciones contra Agustín. El chirrido de la persiana al bajar ahoga sus palabras. Elisa se detiene un instante en medio de la sala vacía y respira hondo el silencio. Después va en busca del cubo y la fregona. Antes de empezar a fregar enciende todos los neones. La Casa del Café despierta, ajena a las sombras que discurren en el exterior.

Una vez, en el vestuario, una mujer contó que se había matriculado en un curso de natación para no estar sola.

Su marido llegaba siempre tarde a casa. Un día se quedó más rato de lo habitual en la piscina. Al salir, se encontró a su marido esperándola. Eran las diez de la noche y ella aún no había regresado.

Se abrocha el anorak y levanta la persiana del café. Siente el frío de la calle vacía. Busca la bufanda y los guantes en el bolsillo del abrigo. Un hombre se aproxima por la acera de enfrente. No logra distinguirlo bien, la farola más cercana está fundida. El desconocido gira en Luciérnagas y se pierde en el interior del casco viejo. Elisa echa la persiana, se sube la bufanda y camina, deprisa, hacia el puente de la Salud para coger el autobús.

Que Antonio desapareciera de su vida fue lo más parecido a volver a vivir en Lyon. Y Lyon era lo más parecido a ser feliz.

* * *

6

La despierta el gorjeo del mirlo, un canto intermitente, más intenso de lo habitual, como si llamara a alguien a gritos. Emite un ruidoso silbido, cesa unos segundos y más tarde vuelve a su gorgoteo, pero ahora con acordes diferentes. Permanece quieta en la cama, con los ojos cerrados, calculando el lapso que separa los trinos hasta que el sonido cesa por completo. Entonces se incorpora, sube la persiana y abre la ventana. Le sorprende que todavía no haya amanecido. Luego recuerda que los mirlos cantan también de noche, aunque a éste sólo lo había oído de día. La primera vez que le llegó su canto, irregular pero melodioso, tan vivo que no hacía falta abrir las ventanas para escucharlo, fue a finales de enero. Más tarde, lo vio posado en el balcón, grande, negro, brillante, golpeteaba la esparraguera con su hermoso pico amarillo. Se asoma a la ventana. Hace tanto frío que le castañean los dientes. Busca al mirlo abajo, en la plaza de Corne, a la luz de las farolas, sobre las siluetas de los árboles sin hojas, pero no lo ve. Se entretiene observando las ventanas de la torre de enfrente e intenta ordenarlas según una pauta. Hay una iluminada, tres oscuras, cinco tienen las persianas echadas. Una amarilla, tres negras, cinco blancas. Cada vez tiene más frío. Deja la ventana entreabierta, se acurruca en la cama y

se envuelve en el edredón. Mientras se duerme, vuelve a oír el gorjeo del mirlo. Sueña que lo tiene en una jaula y se ha olvidado de darle de comer. Se despierta sobresaltada. El mirlo ha dejado de cantar. En algún piso, alguien tira de la cadena del váter.



Abril



Va sobre el sillín, con los pies colgando y los brazos alrededor de la cintura de su hermana. Julia pedalea de pie. Lleva una falda de vuelo a rayas rojas y blancas y unas sandalias también rojas. Salen de la carretera general por el camino de tierra que da a la garganta. Es muy empinado y Julia a menudo tiene que frenar echando los pies al suelo, las sandalias se le manchan de polvo y las piedrecillas se le meten entre los dedos. Dejan la bicicleta al borde del camino. La bajada es angosta, entre árboles, siempre en sombra. Avanzan despacio, con cuidado de no tropezar con los guijarros. Se oye el torrente a lo lejos. Julia le abre paso y ella siente su mano segura entre los dedos de su hermana. A veces la falda se le engancha en las ramas de las zarzas y cuesta mucho soltarla y otras las púas se le clavan en las piernas y le hacen heridas pequeñas y rojas parecidas a cabezas de alfiler. Al llegar a la garganta se quitan los zapatos y meten los pies en el agua fría poblada de renacuajos y negros nadadores de patas largas. Las libélulas, azules, verdes, doradas, vuelan en torno a sus cabezas. Se sientan sobre una enorme piedra, larga y plana, con una hendidura en el centro que le da aspecto de barca, las ramas de los árboles forman un techo sobre ellas. Julia caza una lagartija y le corta el rabo. Lo deja sobre la piedra para que Elisa pueda ver cómo se mueve

solo. Luego se pone de pie, salta a la roca más cercana y la llama desde allí, «vamos por las piedras hasta el mar». Caminan por el torrente de piedra en piedra las dos juntas, descalzas, de la mano, con cuidado para no caer en las pozas porque ninguna de las dos sabe nadar, hasta que no pueden más. Vuelven al anochecer, cansadas y derrotadas, a recoger la bicicleta.

Corre viento sur en Hamada y el cielo está cubierto de espesas nubes blancas. Todas las ventanas del piso están abiertas y una corriente de aire caliente hinche las cortinas, se extiende por las habitaciones y llega hasta el recibidor donde Elisa pone a punto la bicicleta. Con movimientos lentos pero precisos tensa el cable del freno y ajusta las zapatas hasta que está segura de que cumplen bien su cometido. A continuación, revisa la presión de los neumáticos y engrasa cuidadosamente la cadena, gira los pedales y comprueba que se desliza con suavidad emitiendo un leve y agradable ronroneo. Después limpia con un trapo húmedo el manillar, el sillín y los guardabarros, se quita los guantes sucios y se lava las manos en el fregadero de la cocina. Luego vuelve al recibidor, coge las llaves que siempre deja puestas en la cerradura de la puerta, sale al descansillo y llama al ascensor. Mientras espera a que suba, apoya la bicicleta contra la barandilla de la escalera.

Cruza el puente viejo con el viento empujándola por la espalda y Angie resonando con fuerza en sus oídos. Baja rápidamente la calle Mayor y gira por Aldana. Al pasar por delante del bar Galatea vislumbra al vendedor de

periódicos. Vuelve la cabeza para no tener que saludarle. Baja por Luciérnagas, pedalea con todas sus fuerzas para coger impulso antes de entrar en la escarpada calle Adarve, que lleva directamente a lo alto de la muralla. La sube con dificultad, con el viento ahora en contra y el pelo azotándole la cara. Se rinde en el último tramo y lo recorre andando y sin aliento.

En Lyon compró una bicicleta de segunda mano. Era azul y estaba bastante oxidada.

Una vez arriba, se acomoda en una de las piedras planas que forman la muralla. Se baja la cremallera de la sudadera, el viento cálido hace que se sienta como si estuviera dentro de un secador. Desde allí se domina todo Hamada. A la derecha divisa el río Zobra, que parte Hamada en dos, suavemente ondulado por el viento. A su espalda asoman las altas torres grises de Corne. Pero Elisa prefiere mirar hacia abajo, a los pies de la muralla. Entre la maleza, las zarzas y los arbustos se esconden restos de muro, paredes derrumbadas y cascotes de todas las formas y tamaños. Recorre con la mirada los matojos enredados, verde pálido, moteados de flores blancas que trepan por una torre derruida, los helechos verde oscuro, sombríos, entre los que se resguardan unos pedruscos ocre e irregulares, las hierbas salvajes de un verde tan brillante que da vértigo que crecen a la sombra de la muralla y los arbustos amarillentos que asoman entre las piedras, para luego levantar la cabeza y atrapar el mar en el horizonte, una línea fina, recta, como trazada con regla, de color azul marino a veces, otras verde, a menudo gris como hoy.

El entierro de su padre no lo recuerda, sólo que lloró sin parar. Pero no por su padre. Por dejar Lyón.

El entierro de Julia sí lo recuerda. Fue un lunes de julio, a primera hora de la mañana. Llevaba puesto un vestido azul marino con pequeños lunares blancos. Hacía mucho calor.

Se sube la cremallera de la sudadera y abre la mochila para sacar el chubasquero. Ya no hace viento y las nubes, ahora oscuras, se agolpan en el horizonte ocultando el mar y amenazando lluvia. Empiezan a caer algunas gotas gruesas aisladas. Un vapor húmedo y caliente sale de la tierra mojada.

No ve el cielo azul de verano sin una nube, ni los frondosos árboles verdes a ambos lados de la calle que conoce tan bien, ni siquiera el melocotonero, cargado de la fruta dulce, sabrosa, que tanto le gusta, tampoco siente los rayos del sol del mediodía que caen con fuerza sobre ella aplastándola contra el suelo árido y seco, sólo tiene ojos para las zapatillas de casa que su madre ha olvidado quitarse cuando la han avisado los vecinos, corre tras ellas por la cuesta de tierra que desemboca en la carretera principal sin lograr alcanzarlas. A veces le parece que su madre no es más que un punto oscuro en el horizonte y corre más, todo lo que dan de sí sus cortas piernas, para atrapar su falda y agarrarse a ella, pero su madre se aleja, la pierde en medio de la calle en cuesta que ha bajado tantas veces y que ahora le resulta extraña, entre las casas que ha visto desde que

nació y que ya no reconoce. Al pasar junto a la farmacia, un perro gira la esquina de repente y suelta un ladrido. Siente que las lágrimas se le agolpan en los ojos, no sabe si porque el perro la ha asustado o por la extraña e incongruente alegría que transmite su ladrido, impropia para el momento, o porque ya antes de alcanzar la carretera general puede ver el tumulto de gente, el camión, el coche de la guardia civil y la ambulancia con la luz naranja encendida y a su madre que la da alcance y se introduce rápidamente por la puerta trasera antes de que arranque. Cuando llega a la carretera todavía está el hombre sentado en el suelo junto al camión, llorando a lágrima viva. Sus ojos se cruzan un instante antes de que un Guardia Civil le obligue a ponerse de pie y entrar en el coche. Entonces ve la bicicleta de Julia. Una de las ruedas ha ido a parar al otro lado de la carretera, y ahí se ha quedado, lejana, sola. El sillín está en el suelo. Lo recoge y, a pesar de la insistencia de las vecinas, no lo suelta hasta que llega su padre y se lo arranca, a la fuerza, de las manos.

Nunca la dejaron tener una bicicleta. La que se compró en Lyón era azul. Y estaba oxidada.

Elisa descende rápidamente por la empinada Adarve. Llueve con fuerza, a goterones. Las ruedas de la bicicleta hacen saltar el agua de los charcos. No ve al hombre hasta que se le echa encima, en la esquina con Luciérnagas. Él da un salto hacia atrás y logra esquivarla. El agua que levantan las ruedas al frenar le salpica los pantalones. La bicicleta derrapa en la calzada mojada.

Elisa no puede controlarla, choca contra el bordillo y cae al suelo. Se pone de pie y levanta la bicicleta antes de que él llegue a ayudarla. No se ha hecho daño, pero está empapada.

2

La bicicleta se le echa encima en la esquina de Adarve con Luciérnagas, cuando va a cruzar la calle. Llueve con fuerza y Andrés camina deprisa, con la barra de pan y el periódico bajo la chaqueta. La bicicleta frena bruscamente, zigzaguea unos metros y choca contra el bordillo. La conductora no se ha hecho daño. Sólo está empapada. Tiene los ojos claros. Tranquilos. «Me llamo Andrés». La mujer esboza una breve sonrisa. Aparenta unos cincuenta años, quizás alguno menos. Sabe que la ha visto antes, pero no recuerda dónde. Se produce un silencio incómodo. La mujer endereza el manillar, comprueba los frenos, y él, sin mucha convicción, la invita a tomar un café en su casa. «Es aquí al lado». Ella acepta con un movimiento de cabeza. Caminan juntos, sin mirarse, la bicicleta siempre entre los dos, hasta el angosto pasaje de Cañaverde. El agua se filtra por el techo y las paredes de piedra cubiertas de musgo. Huele a tierra mojada. Dejan la bicicleta en el interior del portal y suben la escalera hasta el tercer piso.

Están de pie en la cocina, uno frente al otro. No hablan. Elisa ni siquiera se ha quitado el chubasquero. Las gotas de agua resbalan por la tela impermeable y caen al piso de baldosas rojas y blancas formando un pequeño charco. Andrés, así ha dicho que se llama, prepara café bien cargado y deja las tazas sobre la mesa de mármol. Rehuye su mirada. Sabe que lo ha visto antes, tal vez en La Casa del Café o en la calle. Hamada no es grande. Hay un silencio incómodo. Él da un sorbo a su café. Pasan unos segundos largos y pesados. Ahora es ella quien va hacia la mesa para coger su taza, dejando a su paso un reguero de agua. Están muy cerca, tan cerca que basta un leve movimiento de cualquiera de los dos para que sus labios se toquen, pero ninguno de los dos se decide hasta que los dos se deciden al mismo tiempo, por eso sus brazos se enredan en el aire y sus bocas no se encuentran. Sonríen avergonzados también los dos, disculpándose por su torpeza y vuelven a quedarse quietos. Entonces Elisa le besa. Primero en los labios, apenas un roce. Luego lo atrae hacia ella pasándole un brazo por el cuello, echa hacia atrás la cabeza y empuja con su boca la de él hasta que se pierde dentro. Cierra los ojos y saborea en la oscuridad los besos. Siguen de pie en medio de la cocina mucho rato, en tensión, como si no encontraran a su alrededor dónde

apoyarse, sin decidirse a ir más lejos, pero sin decidirse tampoco a dejarlo definitivamente en ese punto de los besos; hasta que él la empuja con suavidad por un pasillo cargado de libros. En el dormitorio, un rayo de sol muy débil atraviesa el ventanal y cae sobre el ordenador que está encima de la mesa, abierto y encendido. Se detienen junto a la cama. Él le quita el chubasquero, vuelve a besarla en la boca y baja, a besos, hasta el cuello. Luego se enlazan, con calma, se alargan en un beso, estiran un abrazo, demoran el roce de los cuerpos. Él la recorre como un ciego palmo a palmo, con las manos, con los dedos, muy lento. Ella lo acaricia con todo su cuerpo, despacio, arriba y abajo, con el vientre, con los pechos, con la boca, cada vez más lento. Poco a poco, buscando siempre ir más lento, se quitan la ropa, se aproximan, se acoplan, se enroscan, despacio, cada vez más lento, hasta que ya no se mueven en absoluto. Estar quieto es lo más lento.

Oye sus pasos que se alejan por el parquet. Cuando abre los ojos, ha desaparecido en el pasillo. Se levanta de la cama. Al poner los pies en el suelo, tropieza con un libro. Lo recoge: «*La isla del tesoro*. Robert L. Stevenson». Pasa algunas hojas, se detiene en las láminas. Lee en voz alta:

«Con uno de la tripulación tan sólo vivo tras hacerse a la mar setenta y cinco».

Es la última página. Cierra el libro y lo deja otra vez, con cuidado, en el suelo. Observa la habitación, está abarrotada de objetos. Le llama la atención una figurilla de

madera que hay sobre la mesa. Un hombre medio desnudo armado con una lanza. Lo coge en las manos para verlo mejor. Tiene los ojos vueltos hacia arriba. Oye los pasos de Andrés que regresa. Deja la figura de nuevo sobre la mesa y se dirige a la cama para buscar su ropa.

* * *

Están de pie, uno frente al otro, con las tazas de café en la mano. Ella ni siquiera se ha quitado el chubasquero y Andrés ve cómo las gotas de agua resbalan por la tela impermeable y caen al suelo formando un pequeño charco. Apenas hablan. Los segundos se alargan. Entonces se besan. La mujer cierra los ojos y saborea en la oscuridad los besos. Él mantiene los suyos abiertos. Siguen de pie en medio de la cocina mucho rato, hasta que, sin despegarse, la empuja con suavidad hacia el pasillo. A veces sus pies tropiezan, pero no se separan. Se detienen junto a la cama. Andrés le quita el chubasquero, vuelve a besarla en la boca y baja, a besos, hasta el cuello. Ella permanece quieta, con los ojos cerrados. En silencio. Y él le desabrocha la sudadera, le acaricia los pechos, beso a beso, a través de la camiseta para quitársela después. Ella sigue quieta y Andrés le quita las zapatillas y la empuja, siempre a besos, sobre la cama. Le desabrocha el sujetador, llega beso a beso hasta el ombligo, se pierde a besos entre sus piernas y le quita las bragas, también a besos. Ella sigue quieta. Muy quieta. Sólo se mueve más tarde, mientras follan. Se balancea despacio abrazada a él, como en un baile lento. Sin abrir los ojos. En silencio. Luego se da la vuelta. Se quedan quietos los dos, desnudos sobre la cama. Uno al

lado del otro. Sin tocarse. Ella abre los ojos un segundo y los cierra de nuevo, sin mirarle, como si le molestara la luminosidad del cuarto.

Cuando Andrés vuelve del baño, la mujer se está vistiendo.

4

Itziar llevaba una falda verde que apenas le llegaba a las rodillas y unas medias de color naranja.

Le atrae su voz, baja y susurrante. Quizás porque habla poco; la conversación se agota aunque él se rompa la cabeza buscando la manera de avivarla y el silencio se interpone, una y otra vez, entre los dos.

Cruza el cauce por el puente viejo y entra en la judería por la puerta circular. En el espacio que queda entre los vanos dormita una vieja mendiga a la que ha visto muchas veces. Pasa junto a ella evitando tropezar con el carro de la compra donde guarda sus pertenencias y en el que apoya la cabeza. Casi sin querer, se fija en sus greñas, asoman, amarillentas, por debajo de un gastado sombrero negro que le cae torcido sobre los ojos.

A través de los ventanales de La Casa del Café ven pasar a la gente por la alameda. Entre los árboles se vislumbran, tranquilas y sombrías, las aguas del río. Sólo la tos del camarero rompe, a ratos, la monotonía.

Le aburren las citas con Itziar.

La parte vieja está desierta, apenas iluminada por algunas farolas. Camina despacio, le domina la pereza, por las estrechas callejuelas que conoce de memoria desde niño y que podría, sin duda, recorrer con los ojos cerrados –Adarve, Espiga, Luciérnagas, Caldereros, Aldana, sus nombres siempre lo han fascinado. Se detiene de vez en cuando para observar un mueble abandonado en la basura o una desvencijada fachada a punto de desmoronarse. No le interesan, en cambio, los edificios renovados en los que las viejas columnas de madera se combinan con materiales modernos como metacrilato, cemento o cristal. Su aséptica apariencia lo incomoda.

Debería haberse quedado escribiendo.

Se adentra en el estrecho y húmedo callejón cubierto que conduce a su casa, al otro lado se distingue el verdor oscuro de los jazmines que amparan la fachada del edificio. Se detiene frente al portón de madera e introduce la llave en la cerradura. Nada más entrar, oye la música y la indignación se adueña de él, crece según sube las escaleras y el sonido se intensifica y cuando llega a su descansillo –ahí el estruendo lo golpea sin piedad– le domina por completo. Saca el paquete de tabaco del bolsillo y enciende un cigarrillo. No quiere discutir de nuevo con Miguel. Se sienta en el último peldaño de la escalera y da un par de caladas aspirando profundamente el humo, pero la cólera, en lugar de disminuir, se acrecienta todavía más. Miguel es ese tipo que le saca diez centímetros, que continuamente le pide dinero, que repite segundo de bachillerato, usa pantalones de marca, tiene un piercing

en la lengua y mira con desprecio sus libros y con el que lo único que tiene en común, además de un carácter irascible y la afición por los canutos, es que es su hijo. Le ha visto un fin de semana sí y otro no y quince días durante las vacaciones de verano desde hace diez años y no sabe si todavía le guarda rencor porque lo sacó a rastras de Disney antes de que se subiera por tercera vez en el tren de los mineros y le llevó, también a rastras, a ver el Museo de Orsay y el Louvre. Fuera de sí, tira el cigarrillo al suelo, se pone de pie y arroja la cartera por el hueco de la escalera. Siente alivio, aunque antes de oír el golpe –la música lo amortigua– ya está arrepentido. Se asoma a la barandilla. Sobre el adoquinado del portal, abierta y con el contenido extendido a su alrededor, está la cartera.

Recoge precipitadamente cuadernos y papeles, los mete sin orden en el portafolios y sale a la calle justo a tiempo de evitar que un vecino que ha bajado detrás de él le reproche, como tantas otras veces, lo alta que tiene la música su hijo. Nada más cerrar la puerta, Andrés siente el silencio.

Camina por las calles desiertas. En la calle Aldana el bar Galatea está abierto, aunque apenas hay clientes, un par de vecinos y el vendedor de periódicos que tiene el puesto junto a La Casa del Café. Entra, apoya la cartera contra la pata de una de las mesas de madera oscura que hay frente a la puerta y pide un crianza. Se sienta en una banqueta. Un acre olor a vino sale de los barriles que ocupan la pared de detrás de la barra. Mueve la copa entre los dedos sin decidirse a beber. Coge la cartera y hurga en su

interior. No tiene ganas de corregir exámenes llenos del faltas de ortografía. Se resigna a no hacer nada. Da un sorbo de vino.

Solo con sus pensamientos, como Descartes.

La espera en un bar pequeño y triste, de luz amarilla, en la esquina de Bravo Murillo, justo enfrente del portal. Al otro extremo de la barra un hombre bebe un sol y sombra arropado por el humo blanquecino de un cigarrillo. En la pantalla del televisor, las mulillas arrastran a un toro muerto. Fuera, anochece bajo el cemento gris del scalextric. Entonces la ve cruzar la calle y va a su encuentro, ha debido salir del portal sin que él se diera cuenta. Cuando llega a su altura le coge, cariñosa, del brazo. Tira de él con suavidad, forzándole a ponerse en marcha. Caminan deprisa, en silencio. Parece preocupada, y cansada. También un poco inquieta, lo nota al bajar la calle Escorial, cerca ya de la buhardilla, cuando le suelta el brazo y se adelanta, como si quisiera llegar cuanto antes. Discuten nada más cerrar la puerta. No van a ocultar a nadie. Ni siquiera un par de días. No piensa jugársela. Sólo quiere acabar la carrera, y escribir, y estar con ella. Carmen golpea el suelo con el pie, nunca la ha visto tan enfadada. No levanta la voz, para que no les oigan desde fuera, le increpa con los ojos, ensombrecidos por la cólera y el desprecio, «¿escribir? ¿Sobre qué? ¿Sobre tu ombligo?» Luego se marcha, al cerrar la puerta se controla y no da un portazo. Y él se sienta en la cama y lee de un tirón *El pirata* de Conrad. Cuando se despierta por la mañana, Carmen duerme a su lado. No se ha quitado la ropa, ni las botas.

Es el único cliente que queda en el bar. De vez en cuando, el camarero le mira rezongando. Es tarde y quiere cerrar. Termina sin prisa su tercer vaso de vino, paga y sale a la calle.

En la parada del autobús, el tedio le concede una tregua. Itziar sonrío, lejana e inalcanzable, detrás del cristal de la ventanilla.

Quizás la próxima vez la invite a casa.

* * *

Entra sola en el restaurante. Se detiene junto a la puerta y busca con la mirada su mesa. Le cuesta dar con ella, es temprano y todavía no ha llegado nadie. El rumor de voces y una nube densa de humo que procede de una despedida de soltero la aturden un poco. Se dirige hacia el fondo del comedor sorteando un par de mesas vacías y elige un sitio, ni en el centro ni en un extremo del tablero rectangular para nueve personas, cubierto con un mantel a cuadros blancos y azules, que les han preparado. Observa las cestas de pan y las botellas de vino tinto de la casa aún sin descorchar. Detrás de ella, por la ventana abierta, entra el aire tibio de la noche de primavera. Se siente incómoda con el fino vestido de verano y la chaqueta de algodón. La invade una enorme pereza, una desgana tan grande que le impide incluso levantarse y volver a casa.

Un día Susana empezó a hablar de su salud. Dormía mal. Le dolía el estómago. Había ido al ambulatorio. La médica insistía en que estaba nerviosa. Tenía náuseas. La médica le recetaba pastillas.

Lorazepan
Diazepan
Alprazolam

Susana no se las tomaba. Le impedían nadar, decía, la atontaban. Pero guardaba las recetas.

A menudo pasaban días sin que se encontraran en el vestuario. Después Susana reaparecía. Cada vez más delgada. La médica se negaba a darle una baja. Cada vez más triste. Apenas tenía fuerzas para levantarse e ir al trabajo, se quejaba. Ya no silbaba. La médica le recetaba pastillas.

Fluoxetina
Olanzapina

Susana no se las tomaba. Pero guardaba todas las recetas.

Un ensordecedor bullicio de voces y risas, mezclado con el ruido de los cubiertos al chocar contra los platos y el sonido monótono de la televisión encendida hacen que Fermín, el hermano de Agustín, tenga que subir mucho la voz para hacerse oír. Remarca sus palabras con un movimiento continuo de las manos, arriba y abajo, que en algún momento debió servirle para imbuirlas de autoridad y que con el paso de los años se ha convertido en costumbre. Habla del paro y de la delincuencia y de «toda esa gente que viene de fuera y no tiene donde caerse muerta». «La culpa la tiene el gobierno», asegura, «lo que falta es mano dura». Entre frase y frase, carraspea y se pasa la mano por la cabeza calva o por la barbilla blanda y bien afeitada para volver inmediatamente a su discurso, tantas veces repetido, pero del que siempre extrae un renovado placer. Carmela, su mujer, sonrío solícita a todo el mundo, más que con la boca, con unos ojos vivaces,

minúsculos, que se enmarcan en una cara de piel lisa, redonda y gruesa, mientras sirve la ensalada. Sabe que a Agustín no le gusta el huevo duro y recuerda perfectamente que Begoña, la antigua camarera de la Casa del Café que se jubiló hace tres años, una mujer delgada, de rostro alargado surcado de finísimas arrugas, no puede tomar vinagre por sus problemas de estómago. Fermín, sin dejar de hablar, le pega un manotazo en la nuca a su hijo Julio, un chico pálido, con el pelo recogido en una coleta, que en lugar de escucharle dibuja con un bolígrafo negro en una servilleta. Elisa mira lo que Julio ha dibujado. Cuatro líneas apenas esbozadas con mano firme perfilan el cuerpo de una mujer. Carmela le sirve de nuevo ensalada a pesar de sus protestas y de reojo observa a su cuñado, más taciturno todavía de lo habitual, que se llena una y otra vez la copa de vino y lanza, de cuando en cuando, fugaces miradas turbias a su hermano mayor; sus ojos se ensombrecen un segundo para luego recobrar su vitalidad y servir más ensalada a Teresa, que la acepta encantada. A Marisa, la joven limpiadora de la Casa del Café, vuelve a sonarle el móvil. Enrojece hasta la raíz del pelo que le cae, lacio, sobre los hombros, murmura una disculpa y sale del restaurante mientras lo coge. Teresa cuchichea que tiene problemas con el novio. Al encogerse para hablarle al oído a Elisa, el escote del vestido se le ahueca y deja al descubierto dos grandes y hermosos pechos. Javier, su marido, le lanza una mirada angustiada, no de reproche sino de aviso, como si quisiera acudir en su auxilio. Ella le sonrío y se echa el vestido hacia atrás con un gesto brusco de la mano. Elisa termina la ensalada, da un sorbo de su vaso de vino y mira a Begoña,

que está sentada a su lado: se ríe, una carcajada franca y alegre que borra las arrugas de su rostro y la hace parecer muy joven, casi una niña. Javier, que trabaja en una imprenta en la que acaban de hacer un expediente de regulación de empleo, asiente a las palabras de Fermín. Su rostro, anguloso y estrecho, de boca pequeña y labios finos, transmite la sensación de que le falta el aire, quizás por eso habla tan poco. Vacilante, a trompicones, se queja de que internet les ha llevado a la ruina, «las compañías ya no encargan billetes de avión». Agustín se sirve otra copa de vino, le da un trago largo y murmura con los ojos perdidos, como si no hubiera nadie en el comedor, que nunca ha subido a un avión. Elisa, que está sentada frente a él, aparta la mirada y la dirige hacia Julio, que hace una bola con la servilleta, la tira al suelo, coge otra nueva y vuelve a dibujar mientras se muerde el labio inferior, tan concentrado que parece estar en otro universo, muy lejos de la mesa y del restaurante. Marisa entra en el comedor y dice con un hilo de voz que tiene que irse. Teresa y Carmela insisten en que se quede, más con afán morboso que por verdadero interés. Ella baja la cabeza y, sin levantar los ojos del suelo, repite una y otra vez que tiene que irse. Elisa siente ganas de alejarse del comedor, de refugiarse durante un rato en el cuarto de baño, pero se deja llevar por la inercia, ponerse de pie bajo la mirada de todos y estirar su vestido, que el sudor le ha pegado a las piernas y las nalgas, le resulta mucho más difícil que permanecer, quieta, en su sitio. Por fin Marisa se despide y sale del restaurante. Las voces, ansiosas por dar su opinión, se pisan chillonas las unas a las otras. Por encima de todas, sobresale una vez más la de Fermín, que ahora

ensalza las virtudes de su mujer y su matrimonio. Agustín deja bruscamente la copa sobre la mesa salpicando de vino el mantel y clava los ojos en su hermano, «yo nunca me he casado», exclama, luego baja la mirada, vuelve a su mutismo y frota con la servilleta los cuadros azules y blancos, como si desgastándolos pudiera borrar las manchas rojas del mantel. Se hace un silencio incómodo. Elisa mira absorta la expresión de desamparo de Marisa en el retrato que le ha hecho Julio. El muchacho repasa con mano diestra el cabello negro de la joven limpiadora. La camarera trae las chuletas. La conversación vuelve a fluir mientras Carmela sirve la carne.

La última vez que vio a Susana sus pechos caían flácidos, vacíos sobre el cuerpo, pellejo y huesos. Había ido a la piscina de agua caliente. Ya no nadaba. Le había sentado bien, decía. Remojarse en el agua tibia era un poco como volver al vientre materno. La sonrió mientras se enjabonaba, con su sonrisa grande y franca, y ahora triste. Luego pulsó el agua y la espuma se deslizó por su cara y su cuerpo hasta perderse en el suelo, a sus pies, entre manojos de pelos. Era como si el tiempo no hubiera pasado. Duró un instante. Durante un instante el tiempo no había pasado.

Al salir del restaurante le sorprende la calidez del aire –son más de las doce de la noche y apenas ha bajado la temperatura– y el olor penetrante de la primavera, que ha llegado de repente o al menos sin que ella lo advirtiera. Recordar el paseo en bicicleta que la espera hasta casa le cambia el estado de ánimo, la apatía de la que no

ha podido desprenderse en toda la noche se desvanece y da paso a la euforia, como si fuera inminente un acontecimiento largamente acariciado. La despedida en la calle se le hace eterna. Nunca le han gustado las despedidas. Fermín y Carmela tratan de convencerla de que deje ahí la bicicleta, ellos pueden llevarla en coche, ya la recogerá al día siguiente. Mientras suelta el candado, aún puede oír sus voces que se alejan hacia el parking. Enrosca la cadena al sillín y sale marcha atrás de la zona de aparcamiento. Le agrada el silencio de la calle y el suave viento sur que mueve sus cabellos y hace que le acaricien el rostro. Lo ve al girar el manillar para dirigirse hacia la alameda. Ha debido volver sobre sus pasos y está parado en medio de la calzada, frente a ella. El alcohol hace que se tambalee un poco y que le cueste fijar la mirada. Da un par de pasos hacia delante y pone sus manos sobre las de Elisa. Ella las retira con suavidad, desvía la bicicleta hacia la derecha para evitarle y pedalea en dirección a la muralla. Agustín no se mueve, la deja hacer, y luego permanece en medio de la calle vacía, los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, mirando cómo se aleja.

Oye las voces de Julia y sus amigas a lo lejos, pero no se atreve a moverse, ni a llamarlas. Un hombre está sentado en una piedra, a pocos metros de ella. En la garganta. Aunque no sabe su nombre, lo conoce del pueblo. Lo ha visto en la plaza muchas veces. Tiene la mano dentro del bañador y la mueve rítmicamente, arriba y abajo, sin dejar de mirarla. Ella cierra los ojos y los aprieta con fuerza. Cuando vuelve a abrirlos, ha desaparecido. Un caballito del diablo revolotea sobre el agua del torrente.

Nunca se lo ha contado a nadie. Ni siquiera se lo dijo a Julia. Tampoco a Susana. No le dio tiempo.

Pedalea rítmicamente, deja atrás la judería y la muralla y sube pedaleando con todas sus fuerzas la empinada cuesta que va a parar a la carretera vieja. No se ve ni un solo coche. Sigue pedaleando entre los pinos, acompasando su respiración para soportar el cansancio, hasta que Hamada se pierde en la lejanía. Entonces aminora la marcha. En la distancia aún pueden verse, tenues, las luces. Al rato la carretera se hace más angosta y aumentan las curvas. Por fin, tras una de ellas, se divisa la sombra oscura del mar. A partir de ese momento, la carretera bordea la costa, se pega a ella hasta que la arena la lame por completo, entonces mete la bicicleta en la playa. La encalla, como un viejo bote, en la arena. Se quita los zapatos y mientras camina hacia el agua se va desprendiendo de la chaqueta, el vestido y la ropa interior. Se zambulle y cuando vuelve a la superficie empieza a nadar, despacio, contra las olas, hacia el islote gris que corta la línea del horizonte, sin detenerse ni desviarse un milímetro de su dirección, siempre hacia el horizonte, con la precisión de un tiralíneas sobre un papel.

* * *



Mayo



Me da miedo el cielo de Madrid, se lo dice a Carmen en el Botánico sentados a la sombra del Olmo del Cáucaso, el árbol más alto del jardín. Carmen lleva una falda muy larga que le roza las sandalias, amarilla y con vuelo, y una camisa blanca de manga corta con los sobacos manchados de sudor. Hace mucho calor y a él le entran ganas de tocárselos para refrescarse. Es un domingo de mayo, tal vez de junio. Van primero a la cuesta de Moyano a mangar libros. Recorren lentamente los abarrotados puestos, hojean los volúmenes que huelen a papel viejo y a moho y buscan la sombra de los aleros, no corre aire y el sol cae con fuerza desde temprano. Él escamotea con naturalidad los volúmenes ante los ojos de los libreros, tiene una rara habilidad para apropiarse de lo ajeno, y los oculta en la bolsa de tela que cuelga del hombro de Carmen. Le gustan los libros manoseados, subrayados, con anotaciones en los márgenes y las páginas sueltas. Se hacen con cuatro polvorientos Balzac, *Rayuela* de Cortázar en una edición argentina, un comic de Blueberry y la *Ética* de Spinoza en francés. Después se escabullen hacia el Paseo del Prado atraídos por el tranquilo frescor de las salas del museo. Pasean sin rumbo por su interior. Él recorre con la mirada los lienzos con la absurda pretensión de descubrir uno que sorprenda a Carmen –ella se vanagloria de

conocer bien todos los cuadros– y Carmen juega a perderse a ciegas por las salas para ver qué pintura elige por ella el destino. *La dama que descubre el pecho* de Tintoretto tiene los pezones pequeños y rosados y a él le inquieta el gesto estudiado de las manos que abren a los ojos del público el vestido. Al salir a la calle el calor los coge a traición y la luminosidad hace que les lagrimeen los ojos. Frente al Prado está el Jardín Botánico. Cambian las recalentadas aceras y el olor del asfalto por la agradable sombra de los árboles. Carmen se sienta bajo el roble a leer a Blueberry y él se pierde en el ambiente húmedo del invernadero, entre las plantas exóticas y los cactus. El cielo reluce azul ardiente como si le hubieran sacado brillo con un trapo. «Me da miedo el cielo de Madrid», le dice y Carmen se ríe a carcajadas al oírle, abriendo mucho la boca y enseñando unos dientes grandes y blancos y él no puede resistir la tentación de sumergir la lengua en su saliva mientras se pega contra sus senos y aprieta con las manos los pringosos sobacos. Ella sigue riéndose dentro de su boca y busca con los ojos y ese valor admirable que siempre le ha envidiado el cielo azul, terrible, a través de las hojas tiernas del olmo.

«El cielo de Madrid es una impostura», se lo dice a Itziar, por hablar de algo, después de follar por primera vez, cuando le comenta que tiene que llevar a Miguel al aeropuerto de Madrid. «Un cielo de verdad no puede ser de ese color». Itziar le mira desde la lejanía, dubitativa, sonrío levemente, vuelve a ponerse seria y él espera, entre el temor y el deseo, que diga «¿es broma?». Si lo dice, tal vez ya no tenga ganas nunca más de tocar su cuerpo. Al

abrazarla le sorprende la dureza de la carne joven frente a su propio cuerpo, piel y hueso, y el culo grande, ni demasiado duro ni demasiado blando, una almohada bien mu-llida, pero encuentra en ella algo indefinible que le resulta completamente ajeno, como si fueran cada uno de un planeta. Follan a años luz, uno contra el otro, y él, desdoblado, presencia el polvo desde fuera. Pero Itziar no dice nada.

Entra por la M-40. A su lado, Miguel tiene los ojos tan perdidos como si se hubiera fumado un par de canutos. Escucha alaridos en su mp3. No han hablado en todo el viaje. Vista desde lejos, Madrid no tiene cielo, la envuelve una nube gris, espesa y sucia. Se equivoca dos veces antes de llegar al aeropuerto.

Miguel atraviesa el control de seguridad con la maleta en una mano y el pasaporte y el billete a México en la otra. Tiene las espaldas enormes y un aire desgarbado y un poco torpe como de niño grande, quizás porque es demasiado alto, mucho más alto que él, o por culpa de los pantalones de tiro bajo, tan caídos que se le enroscan en las zapatillas y a los que Andrés no acaba de acostumbrarse. No se vuelve a mirarle antes de desaparecer entre la gente al otro lado del control. Él tampoco espera que lo haga.

Sale del aeropuerto sin perderse. Tiene por delante tres meses sin Miguel. No se siente especialmente feliz, tan sólo extraño.

* * *

Deja la toalla sobre el banco y se pone el gorro de baño. Le impresiona el silencio de la piscina completamente vacía. Es la primera vez que nada un sábado por la mañana. Se detiene al borde del agua, se coloca las gafas y se zambulle. Nada a crol todo lo rápido que puede. Alarga las brazadas al máximo para abarcar el mayor espacio posible y bate con fuerza las piernas, se opone con violencia a la resistencia del agua. Coge aire primero cada dos brazadas, luego cada cuatro, después cada seis. Cuando saca la cabeza, se propulsa hacia adelante y frena un segundo las piernas para luego batirlas aún con más energía. Llega hasta el final de la calle, da una rápida vuelta de campana y se impulsa con los pies; una y otra vez, no cuenta los largos. El corazón le late muy deprisa. Mira de reojo el reloj que preside la piscina. Entonces un murmullo denso pero lejano irrumpe en el silencioso recinto deportivo, se adentra poco a poco hasta convertirse en un verdadero griterío. Un grupo de niños corre alrededor de la instalación. Se quitan las zapatillas en la zona de baño libre y saltan al agua a empujones. Se hunden y vuelven a asomar a la superficie con gran alboroto, ríen, se hacen ahogadillas. Elisa se propulsa con las piernas y vuelve a nadar; uno, dos, tres largos. Al dar la vuelta, el sol se abre camino entre las nubes que cubren el cielo, atraviesa el

cristal de la ventana, se introduce en la piscina y forma temblorosos dibujos blanquecinos en el azul del agua. Elisa no sale a la superficie, recorre la calle buceando; los cuerpecillos de los niños se deslizan debajo del agua y traspasan con suavidad los dibujos. Elisa se relaja, mueve despacio las piernas, abre y cierra lentamente los brazos, saca apenas la cabeza para respirar sin quitar la vista de las figuras infantiles que aletean a su alrededor.

Sale bruscamente del agua y se sienta al borde de la piscina. Se quita el gorro y las gafas. Está cansada. Al otro lado del ventanal, dos mujeres jóvenes vigilan a los niños que juegan en el agua.

Se calza las zapatillas de goma azul, se envuelve en la toalla y con la bolsa de deporte al hombro y el gorro de natación en la mano, se dirige al vestuario.

Susana está al otro extremo del banco. La saluda con la mano y con su enorme y cálida sonrisa.

Ella tiene cuarenta años y su viejo cuerpo. Y está Paula.

La recibe el llanto de un bebé y los chillidos de una niña que se queja porque no puede ponerse sola las chancletas. Deja la bolsa de deporte sobre el banco y se ducha rápidamente, no se siente a gusto en la soledad del vestuario, rota únicamente por las voces infantiles.

Tenía cuarenta años. Su viejo cuerpo. Estaba Paula.

Desde el polideportivo hasta su casa sólo hay dos manzanas. Nada más entrar vacía la bolsa de deporte y cuelga el bañador mojado y la toalla en la terraza. Suena el teléfono. Deja que salte el contestador. Es su madre. Quiere saber cuándo va a ir a verla. Su voz se desliza de manera casi imperceptible del reproche a la amenaza para acabar con una intensa y prolongada queja.

Mientras espera el veintitrés recuerda que, hace unos días, el autobús, en lugar de hacer su trayecto habitual, se desvió hacia la izquierda al llegar a San Marcos alejándose del río. De pronto se encontró en un barrio que no conocía. Se sentía confundida. No supo cómo reaccionar hasta que se enteró de que el paseo estaba cortado por obras y habían tenido que cambiar el recorrido. Entonces, el alivio, inmediato, se mezcló en su interior con cierta decepción. Era una sensación nueva, que no intentó explicarse. La revive ahora. La paladea un segundo y la borra inmediatamente.

La puerta de La Casa del Café está abierta. Sabe que Agustín ha llegado, pero no le ve al entrar. Lo descubre más tarde cuando, con el uniforme puesto, se dirige a encender la maquina de café. Está sentado en una silla, en una de las mesas más apartadas de la barra, junto a los ventanales que dan al río. Tiene la cabeza caída hacia un lado y el pelo le clarea en la coronilla. Todavía lleva puesta la cazadora y en una mano sostiene su pañuelo blanco. Elisa nota el calor del sol que entra a raudales por los ventanales. Antes de llegar a él, sabe que está muerto.

Mientras trasladan el cuerpo sin vida de Agustín a la ambulancia, recuerda una ballena que, una vez, encalló en Playa Ancha. Agonizó atrapada en la arena. Fuera del agua, su gran peso le oprimía los pulmones y le impedía respirar.

La muerte de la ballena la entristeció. La pérdida de Agustín sólo le provoca alivio. Si Susana aún viviera, tendría su misma edad. Cincuenta años.

* * *

3

Deja la maleta en el hotel y se dirige por la calle Arenal hacia la Puerta del Sol. Un cielo rabiosamente azul apenas manchado por algún ligero cirro le persigue durante todo el camino. Hace un día cálido, apropiado para andar. Puede bajar por Alcalá hasta el paseo del Prado y entrar en la Von Thyssen, hay una exposición de retratos de Memling. Está *El hombre con una moneda*. Le gusta la idea de verlo de nuevo. Aunque tiene una reproducción sobre la mesa, no se acuerda del hombre, lo que conoce bien es el paisaje representado al fondo. Todos los retratos de Memling muestran, detrás, un paisaje. A veces piensa que los retratos no son más que una disculpa para pintar los paisajes. Quizás es su tamaño desproporcionadamente pequeño en relación con las figuras que hay en primer término y la cantidad de detalles que encierran lo que le produce una sensación de orden que le sosiega. Al llegar a Sol se acuerda, de pronto, de las estaciones de la línea uno del metro. Las dice para sí de un tirón: Gran Vía, Tribunal, Bilbao, Iglesia, Ríos Rosas y Cuatro Caminos. La memoria guarda los nombres, pero ha perdido el rastro de los lugares. Se siente incómodo. Confuso. Entra en el metro. Reconoce el olor y el aspecto triste y mortecino de los andenes, pero los trenes son nuevos. Sale en Cuatro Caminos. Ya no hay

un scalextric en la glorieta de Cuatro Caminos, lo han derribado. Cruza al otro lado de la plaza, coge un taxi y vuelve al hotel.

Deja Madrid al atardecer. Iluminada parece menos sucia.

Ya no hay un scalextric en la glorieta de Cuatro Caminos, lo han derribado, pero el cielo de Madrid sigue siendo de ese azul inflamado y eléctrico imposible en un cielo. Está en muchos de los cuadros de Goya. Un azul ajeno a la naturaleza, salpicado a ratos de penachos blancos y algo-donosos, que choca con el resto del lienzo como si para pintarlo Goya hubiera colocado a los personajes delante de un forillo.

Desde el coche le pone un mensaje a Itziar, regresa a Hamada.

* * *

4

Percibe el olor a merienda de sábado, a tortitas con nata y caramelo y a chocolate con churros pegado a su cuerpo y a su pelo. Aún le resuenan en los oídos retazos de conversaciones, el llanto de los niños y el silbido de la máquina del café. La Casa del Café ha estado abarrotada toda la tarde –Teresa y ella apenas dan abasto– y aunque los ventanales están abiertos y del río llega una ligera brisa, un calor denso, pegajoso, impregna la sala dificultando sus movimientos con la bandeja cargada. Ahora camina deprisa por la calle Mayor sorteando con dificultad a los grupos de personas de todas las edades que atestan las aceras. La mayoría de ellas se dirigen a la alameda –cae la noche y ya no hace tanto calor– para dar un paseo junto al río. Al pasar frente al Silva, decide entrar en el cine. Mira los horarios y saca una entrada para una película que está a punto de empezar. No se fija en el título ni se detiene a leer el argumento. Le reconforta pensar en la fresca penumbra de la sala prácticamente vacía. Coge un asiento en la segunda fila, por costumbre, Paula siempre quería sentarse cerca de la pantalla. Antonio, en cambio, prefería hacerlo en las butacas del centro de la sala, como su madre. Se levanta y se cambia de sitio. Se sienta atrás, en una de las últimas filas. Cerca de la salida.

Cuando se apaga la luz se relaja, se recuesta sobre el respaldo del asiento y se abandona a las imágenes que desfilan ante sus ojos, pero no logra concentrarse. Sale a comprar palomitas.

Se las come sentada en un banco delante de la puerta de la sala a través de la que le llegan, lejanos e incomprensibles, los sonidos de la película.

Su vida es una película en la que le han asignado un papel a la fuerza. Un papel al que su cuerpo, instintivamente, se opone. Elisa no lo piensa, pero podría haberlo pensado. Tal vez, incluso, esté a punto de pensarlo.

* * *

5

Ha dejado el balcón abierto. En la torre de enfrente hay dos ventanas iluminadas, cuatro oscuras, tres tienen las persianas echadas.

Un día oyó hablar de Susana a sus compañeras de entrenamiento. Fue entonces cuando se enteró de que se llamaba Susana. Nunca se lo había dicho. Ni ella se lo había preguntado. También supo que había muerto.

Desde fuera su ventana es negra. Enciende la luz. Ahora su ventana es amarilla.

Cambió todas las recetas. Se tomó todas las pastillas. Dejó escrito que le hicieran la autopsia.

Apaga la luz. Su ventana, otra vez, es negra. Amanece.

Dejó escrito que le hicieran la autopsia. Tenía cáncer de páncreas.

Sueña. El mirlo se ha escapado. Quiere llamar a Paula y no se acuerda del número.

* * *

Escribe, «avanza despacio, tanteando, casi a ciegas. Sabe bien que ahí dentro siempre hay motivos para sorprenderse». Levanta los ojos hacia el guerrero senegalés que por una vez no le mira. Devuelve el guerrero a su sitio y continúa escribiendo rápidamente, «su mente está poblada de ‘chispas de conocimiento ocultas’ que él debe descubrir y retener; tiene que agarrarlas con fuerza si no quiere arriesgarse a que escapen». Fija los ojos un instante en una reproducción de un cartel de Miró pidiendo un franco para salvar la República que ha colgado hace poco sobre la vitrina. Todavía le estorba como algo ajeno. Se levanta de la mesa evitando mirar de nuevo el cartel. Abre la vitrina y saca su reloj favorito. Tiene dos agujas negras –la que marca los minutos es un poco más grande que la otra, la que señala las horas– y una tercera, para el despertador, dorada y mucho mayor, acabada en una enigmática medialuna. Gira las agujas con cuidado, juega con ellas un rato y luego vuelve a dejar el reloj en su sitio. Regresa a la mesa y enciende un cigarrillo. Otra vez escribe, «Por las rendijas de la estrecha ventana de su alcoba se desliza el primer rayo de sol. Siente su calor y aparta un poco el cobertor. Recuerda con deleite que todavía tiene por delante muchas horas ‘solo y en la oscuridad’ y le invade como siempre la certeza de que ‘nada

hay que esté enteramente en nuestro poder sino nuestros propios pensamientos'» .

«Quid vitae sectabor iter?» ¿Qué clase de vida debo seguir?

«Más tarde escribirá un rato, decide, y después se ocupará del jardín. Es hora de sembrar los tulipanes. 'Lo más bello que tiene Holanda son sus tulipanes'».

Podemos ir a Moscú ¿Qué te parece? Estoy deseando besarte en la Plaza Roja.

Levanta la cabeza del ordenador. Está amaneciendo. A través del ventanal, sus ojos se encuentran, sin darse cuenta, con las hojas tiernas, recién nacidas, de un verde luminoso y limpio, de las plantas. Piensa, también sin darse cuenta, que todavía no hay flores. Ha hecho un invierno muy duro.

El largo invierno sueco.

«Quid vitae sectabor iter?» ¿Qué clase de vida debo seguir?

«De pronto su mente se espesa», escribe, «las ideas se liberan de su control y vagan sin orden como si quisieran burlarse de él. Algo le golpea en el interior del cerebro con tal fuerza que se ve arrastrado, como por un terrible viento, a orillas del Danubio. Está en el cuartel, encerrado en el cuarto de la estufa. Tiene el libro de su viejo sueño en la mano y lo abre por la última página».

Podemos ir a Moscú ¿Qué te parece? Estoy deseando besarte en la Plaza Roja.

Vomita en las escaleras de la boca de metro de Embajadores, una ráfaga de aire caliente y enrarecido le llega desde el interior y le provoca nuevas arcadas. La cabeza le da vueltas y nota el pelo y la cara pringosos, no sabe si de sudor o de vino. El vómito le salpica los zapatos y los bajos del pantalón antes de deslizarse escalones abajo. Vuelve a vomitar y a sus pies se forma un charco rojo oscuro cada vez más grande. Carmen le pone la mano en la frente y los dos se tambalean un poco porque ella también está borracha. Tiene la camisa empapada en sudor y la nota pegada al cuerpo, pero se encuentra mucho mejor. Se limpia la boca con la manga y vuelve a la calle agarrado al brazo de Carmen. Se sientan en la acera junto a la puerta de Simago y Carmen, para ocultarles de las miradas, abre delante de ellos el paraguas negro que les ha servido de sombrilla durante el día. Se besan. La boca le apesta a tabaco, a vino y a vómito, pero nunca los besos le han sabido tan bien. Luego Carmen enciende un Celtas corto, da una larga calada y con la brasa agujerea el paraguas. Sonríe con gesto travieso mientras mira por el agujero. Y entonces es cuando se lo dice, nunca antes habían hablado de Hamada, ni de Blanca. «Larguémonos, venga. Vámonos juntos. No quiero que vuelvas a Hamada. Nunca», lo aprieta contra ella con todas sus fuerzas para demostrárselo, «podemos ir a Moscú ¿Qué te parece? Estoy deseando besarte en la Plaza Roja», y le

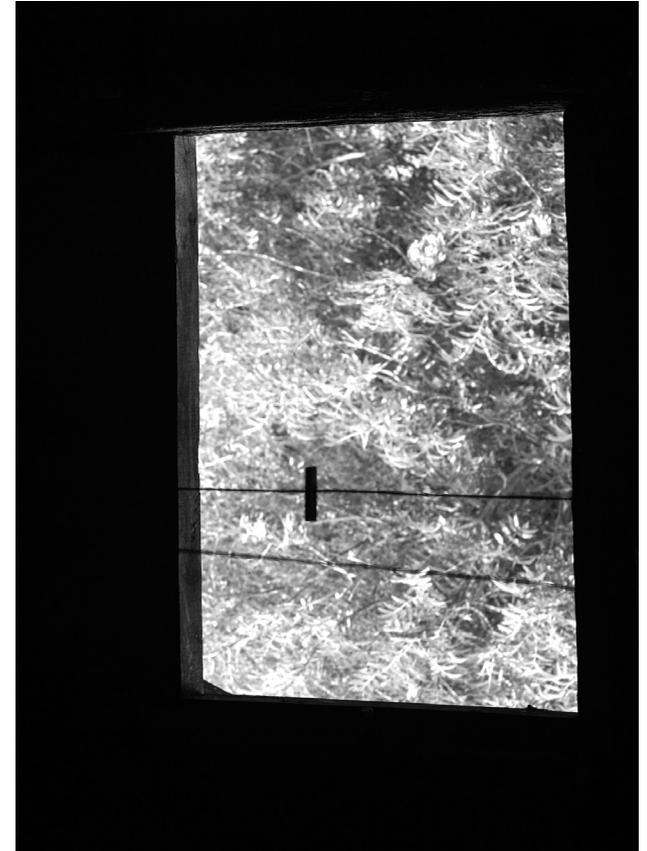
besa con tanta violencia que el paraguas se escapa dejándoles al descubierto.

Apaga el cigarrillo y sigue escribiendo, «se siente cada vez más débil, y por primera vez tiene miedo. Sabe bien que con sólo dejar de pensar no tendrá razón alguna para creer que es. Se incorpora bruscamente en la cama y le invade una terrible sensación de vacío».

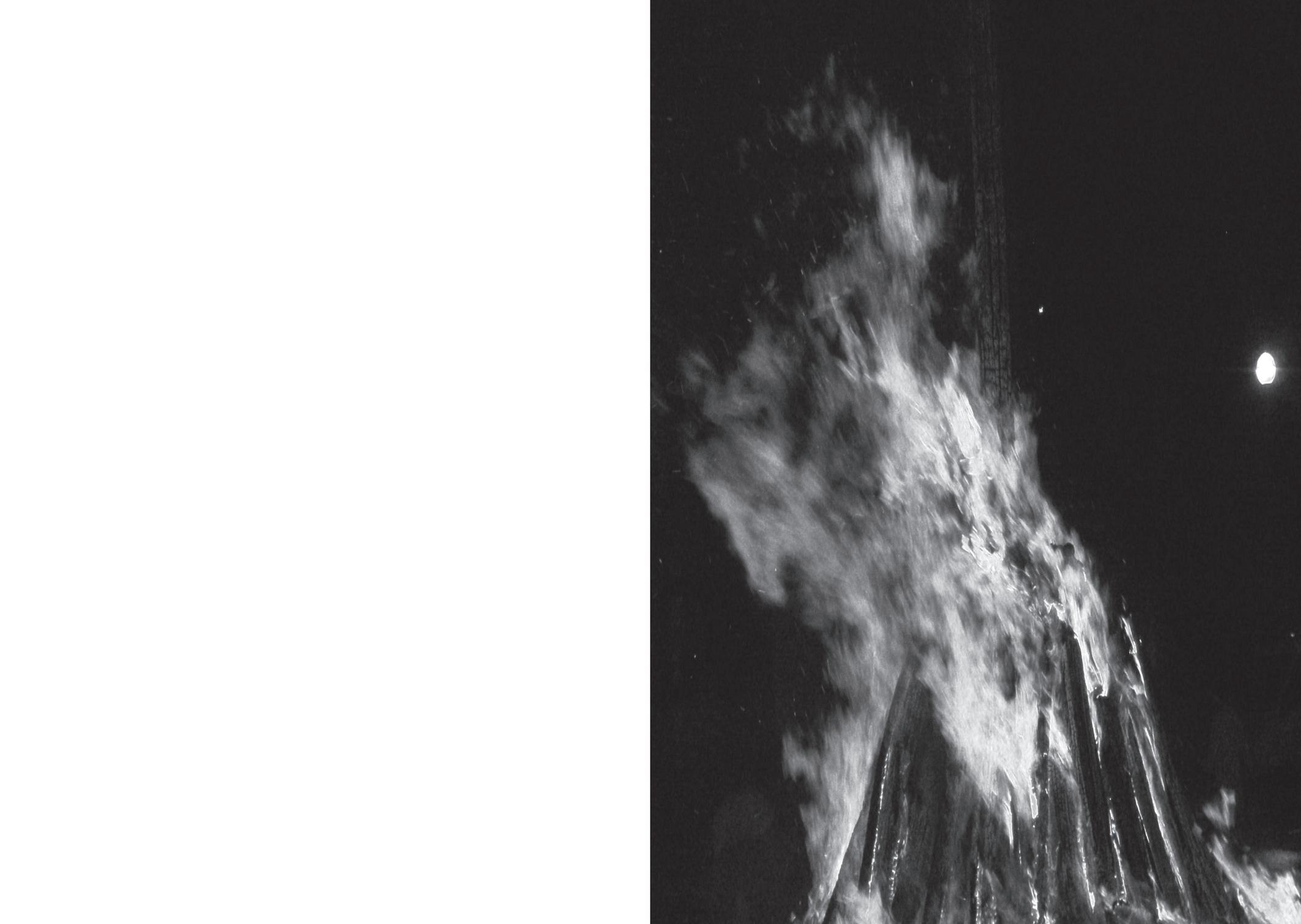
La postal le llega a Hamada en otoño. Dos años más tarde. En una cara está la Plaza Roja, en la otra su dirección, el sello y el matasellos, ni una línea.

«Muere en Estocolmo, en el invierno de 1650».

* * *



Junio



Aún no se nota, pero los días empiezan a acortarse y las noches se alargan. Es la víspera de San Juan y, aunque el verano apenas ha llegado, los árboles de la plaza de Corne están en plena transformación. El verde tierno, frágil, de las hojas en primavera, se va tornando oscuro, más duro, menos brillante, precursor del reseco dorado de agosto. La naturaleza se desliza de manera casi imperceptible hacia un nuevo y largo invierno. La ventana del dormitorio de Elisa está abierta. El gato no está en el alféizar de la ventana de al lado. En el suelo de la habitación hay extendidas cartas y fotografías. Elisa las revisa despacio, una a una. Rompe la mayor parte. Guarda algunas fotos en un cuaderno. Todas las de Paula. Paula recién nacida, en sus brazos, un bulto minúsculo envuelto en una toquilla blanca de la que sobresale un penacho de pelo negro. Paula disfrazada de conejo durante unos carnavales. Paula soplando las velas de la tarta en su segundo cumpleaños, gordita y risueña, con un vestido verde y dos altas coletitas lacias. Paula con cinco o seis años, sentada sobre la encimera de la cocina, acaba de llegar del colegio –entra como el viento, de un portazo. Parlotea sin cesar–. Paula montada en el caballito de madera del parque infantil de Corne. Paula en Pedrosa, en el torrente, sobre una piedra plana con forma de barca. Las fotos de fin de curso del

colegio, todas iguales –Paula y sus compañeras de clase, con el babi a rayas rosas y blancas, forman dos filas, una detrás de la otra, por orden de estatura– y todas distintas porque en cada una de ellas Paula es diferente, más alta, más seria, más mayor. Rompe las fotos de su madre, de su padre, todas las de Antonio, también las de ella de niña y las de su hermana Julia. Conserva sólo una en blanco y negro, ribeteada de blanco, en la que están ambas, de la mano, con abrigos oscuros, gorros y manoplas blancas. Nieva en Pedrosa. Es la víspera de Reyes. Elisa, al verla, aún siente la agitación que las embarga entonces. La guarda en el cuaderno, entre la tapa y la primera página, con otra en color, desvaído por el paso del tiempo, de ella en Lyon, con el pelo corto y un largo vestido estampado de flores, un sábado por la tarde en el paseo del Ródano. Acaba de cumplir veinte años. Rompe una tras otra, sin mirarlas, sus fotografías con las compañeras de la escuela de secretaría de Zaragoza, también la que se hizo con su primer novio en Pedrosa y todas las del colegio. Cuando termina, abre el armario. Descuelga su uniforme, la bata negra y el delantal blanco, limpio y recién planchado, y lo mete en una bolsa, junto con las cartas y las fotografías desechadas. En el estante de abajo, en una caja, al fondo, encuentra la ropa de Paula de recién nacida envuelta en papel de seda. Ahí están las camisitas, los baberos, los patucos y los jerséis blancos y rosas. Antes de cerrar el armario, saca de entre la ropa interior su cartilla de ahorros. Entra en el cuarto de Paula y coloca el cuaderno y la cartilla en el primer cajón de la mesa. Deja la caja sobre el tablero vacío, bajo la atenta mirada de los Ramones.

Un largo poste vertical clavado en el suelo, contra el que se apoyan listones de madera, muebles viejos y ramas secas, forma la hoguera. Está preparada en el descampado, entre el polideportivo y el instituto de Corne. Todavía no la han encendido. Elisa arroja el contenido de la bolsa entre los libros y cuadernos de los chiquillos del barrio que corretean alrededor de la pira, ansiosos por ver arder los últimos vestigios de tedio para zambullirse de lleno en el verano. Un aire fresco, preludio de la noche que casi ha llegado, se arremolina entre los palos y alza, aquí y allá, papeles que, fugitivos de la quema, revolotean por el descampado. Atardece, el cielo se tiñe de rojo. Antes de entrar en el soportal que da acceso a la plaza de Corne, Elisa echa una última mirada a la hoguera. Un jirón de tela negra se hincha e intenta alzar el vuelo, pero el viento lo enreda entre las tablas y lo hace caer, de nuevo, a tierra.

Baja las persianas, corta el gas y cierra la llave de paso del agua. Enjuaga un vaso que queda dentro del fregadero y lo deja en el escurridor. Fija un instante la mirada en el teléfono. Por sus ojos pasa, fugaz, la sombra de una duda. Paula. La borra con un leve, casi imperceptible, movimiento de cabeza. Quita los plomos y sale de casa. Mientras espera a que suba el ascensor, saca la bicicleta y la apoya en la barandilla de la escalera. Cierra la puerta y echa la llave. Una vez en el portal, deja las llaves dentro del buzón. Cuando sale a la calle es de noche.

* * *

Mete los pies en el agua, está fría, pero resulta agradable. Las olas baten la orilla de Playa Ancha y rompen con violencia contra el árido islote gris que corta la línea del horizonte. La piragua parece ligera y manejable. Se acomoda en el asiento, coloca los pies en los apoyos y encaja las rodillas en los laterales. Hace palanca con las manos en la arena e impulsa la embarcación hacia delante hasta que la proa lame el agua. Una ola la levanta y la arroja de nuevo a la playa, aunque no vuelca, encalla en la arena. Vuelve a intentarlo, se impulsa y bate el agua con los dos remos tan rápido como puede. Busca alejarse de la zona cercana a la orilla, donde el oleaje es más fuerte. Consigue adentrarse en el mar, pero las olas le asaltan desde distintas direcciones, forman remolinos, chocan entre sí y dificultan su avance. No obstante, se siente confiado. Dócil, la embarcación se pega a él como un guante. La dirige sin problemas. De repente el mar se levanta, se alza y retrocede formando una única y gigantesca ola, como si quisiera tomar impulso para luego abatirse, con más fuerza, sobre él. Rema todo lo rápido que puede, aunque no hacia la playa, sino contra la enorme cresta de espuma blanca. Cuanto más se acerca más retrocede la masa de agua, hasta que el mar desaparece en el horizonte sin dejar rastro y la piragua queda encallada en un desierto de

arena. La empuja una y otra vez, con el cuerpo, hacia un océano que no ve, si bien intuye. La piragua no se mueve, parece clavada en la arena. En la lejanía, reconoce a su hijo Miguel, a Blanca, y a Irene, su hermana pequeña. También está su abuela, tiene la misma expresión seria y reconcentrada que cuando da vueltas, en la sartén, a la blanca e hirviente besamel con la cuchara de palo. Comprende que el mar regresa dispuesto a arrollar todo lo que encuentre a su paso. Tiene que buscar refugio. Está en el viejo piso de su infancia. Como cuando era niño, salta por la ventana a la terraza. Pegados al muro, inmóviles como en una fotografía, descalzos sobre el suelo de baldosas rojo oscuro, están Blanca, Miguel e Irene. Falta su hermano Eduardo.

Se despierta de golpe. No está asustado, más bien desconcertado. Lo primero que le viene a la cabeza es que las piraguas no tienen más que un remo. Luego piensa en Eduardo. Recuerda que está muerto, falleció hace dos años, de un cáncer de esófago. Se levanta de la cama y busca con ansia el tabaco. El paquete está en el suelo, junto al mechero. Enciende un cigarrillo y da una larga calada sentado en el borde de la cama.

Una vez, hace años, una ballena fue a morir a Playa Ancha. La vio con Miguel. Medía quince metros y pesaba diez toneladas.

Mira el reloj. Son las nueve de la noche. Ha dormido casi tres horas.

«La única manera de dedicarse por entero a las matemáticas, le cuenta Descartes a Pascal cuando le visita en París en 1647, es no levantarse nunca de la cama antes de las once de la mañana. Hay en el hombre, le dice, ‘chispas de conocimiento ocultas’ que sólo se revelan en la duermela, al calor de las mantas».

Sale a la terraza. En el cielo se alternan las nubes y los claros. Ha refrescado.

No se decide a encender el ordenador.

Se dirige a la cocina y abre la nevera. Saca una cerveza y vuelve con ella a la terraza. Se sienta en la única silla. Una vieja silla de paja. La compró Blanca. Cuando se fue no quiso llevársela. En su nueva casa no había terraza.

Aún es de día. Anochece cada vez más tarde.

La última vez que la vio fue al entrar en la DGS. Cuando los de la Brigada Político Social les hicieron salir del coche.

Estaba muy pálida. Le sonrió. Luego el tipo aquél del abrigo verde la obligó a bajar la cabeza. Mantuvo la mano sobre su nuca empujándole la cabeza con fuerza hacia abajo hasta que, dentro, los perdió de vista en uno de los pasillos.

No volvió a verla. Sólo la oyó. Desde el calabozo. Si es que era ella.

Le soltaron dos días más tarde. No sabe cuándo dejaron libre a Carmen.

Deja el casco vacío en el suelo. El sol, un gran redondel rojo, está cada vez más bajo.

Le soltaron dos días más tarde.

Regresó a Hamada.

Blanca se alegró de volver a verle. También Elena. Ese mismo verano se acostó con Elena. El siguiente, se casó con Blanca.

Enciende el ordenador. En el cuadro de Memling, los arbustos que están en primer término apenas se distinguen del blusón negro del hombre. Más atrás, son de un verde apagado. Se disuelven al fondo, adormecidos en un cielo exhausto.

Carmen llevaba puesto el jersey negro, el de lana gruesa y áspera, que le quedaba tan grande. La recuerda en la reunión, justo antes de la redada. Con esa voz suya, vibrante y un poco ronca.

El documento con su ensayo sobre Descartes está en el escritorio. Lleva tres años escribiéndolo o intentando escribirlo o pensando en escribirlo.

«Descartes pasa los años anteriores a su partida a Estocolmo luchando contra la acusación de ateísmo. Pierde

tiempo y energías redactando páginas y páginas en su defensa. Todas sus obras son condenadas a la hoguera».

«La reina Cristina le ofrece una vida tranquila y sin preocupaciones económicas en la corte sueca. Es lógico que Descartes acepte y abandone definitivamente Holanda».

No supo nada de Carmen hasta dos años más tarde. Cuando llegó la postal. En otoño. No sabe cuándo la soltaron. Ni qué le hicieron.

«Pero su protectora desea recibir lecciones de filosofía a primera hora de la mañana. Obligado a levantarse todos los días antes del amanecer para atender a la reina, Descartes sólo resiste con vida cuatro meses».

En Holanda Descartes no habría muerto. La decisión de Descartes es, pues, a todas luces equivocada.

En una cara estaba la Plaza Roja, en la otra su dirección, el sello y el matasellos. Ni una línea.

Pincha con el ratón sobre el documento: *Descartes: sueño y verdad*. Andrés Noval. Se abre el menú: Cortar. Copiar. Eliminar. Repite la operación varias veces sin decidirse. Cortar. Copiar. Eliminar.

Cortar. Copiar. Eliminar.

Pincha en eliminar. Se abre una ventana: «¿Está seguro de que desea eliminar este documento?». Pincha en el sí.

El documento desaparece de la pantalla.

La Plaza Roja. Ni una línea.

Posa los ojos en el oscuro verdor de la terraza, tan diferente al del paisaje de Hans Memling. Le llega un olor agrio, denso e hiriente. Es la noche de San Juan, hay una hoguera ardiendo en el casco viejo. A lo lejos, resplandece otra en San Marcos, y, más lejos todavía, brilla la de Corne. Al fondo, aunque no pueda verse, está el mar.

«Aún no han dado las cuatro y el coche ya está en la puerta, esperándole. Oye piafar a los caballos desde su cuarto mientras el criado le ayuda a cubrirse con la pesada pelliza. La ropa lo envuelve de tal manera que apenas se reconoce en esa figura hinchada e informe. Pero a pesar de tantas cobijas tirita. Baja despacio las escaleras de mármol, frías como su propio cuerpo. ‘El hombre anda solo y en la oscuridad’, musita mientras le castañean los dientes. Las antorchas iluminan la entrada del palacio. Un caballo, negro como la noche y el día en el largo invierno sueco, se encabrita. ‘Solo y en la oscuridad’, murmura de nuevo Descartes y se tambalea. Busca apoyo en la portezuela del coche. Siente un enorme cansancio. Un criado corre hacia él y le sostiene por el costado izquierdo. ‘Ésa no... la pierna derecha’, musita el filósofo. Le falta el aire. Con los ojos busca el parque, extiende los brazos y da dos pasos hacia delante. Le llega un enorme bullicio. ‘Son mis compañeros de La Flèche’, piensa con fastidio. Se anima al recordar que pronto les llamarán a misa de siete, de la que él está exento. Ya se

escuchan las campanadas. Las cuenta con impaciencia: ‘Una, dos, tres, cuatro...’. Por fin resuena la última y las agudas voces de los muchachos se alejan hasta perderse. Feliz, se arrebujá de nuevo entre las mantas. Ahora no tiene frío, ni siquiera siente el cuerpo. Se adentra en el silencio que lo rodea mientras espera a que amanezca en su casa de La Haye. Para distraer la tos, el pequeño y pálido René recorre sin tregua los pasadizos secretos que cimentan su imaginación. Avanza despacio, tanteando, casi a ciegas. Sabe bien que ahí dentro siempre hay motivo para sorprenderse. Su mente está poblada de ‘chispas de conocimiento ocultas’ que él debe descubrir y retener; tiene que agarrarlas con fuerza si no quiere arriesgarse a que escapen. El sonido de unos pasos le distrae. Entreabre malhumorado los ojos. El fuego se agita frente a él en la chimenea y su sombra se refleja en la pared de piedra, ‘¿qué hace la criada en pie tan temprano? Sabe que no debe molestarme hasta mediodía’. Por las rendijas de la estrecha ventana de su alcoba se desliza el primer rayo de sol. Siente su calor y aparta un poco el cobertor. Recuerda con deleite que todavía tiene por delante muchas horas ‘solo y en la oscuridad’ y lo invade como siempre la certeza de que ‘nada hay que esté enteramente en nuestro poder sino nuestros propios pensamientos’. Más tarde escribirá un rato, decide, y después se ocupará del jardín. Es hora de sembrar los tulipanes. ‘Lo más bello que tiene Holanda son sus tulipanes’, sonríe. Pero, ¿qué es lo que pasa? De pronto su mente se espesa. Las ideas se liberan de su control y vagan sin orden como si quisieran burlarse de él. Enojado, se esfuerza por dominar su intelecto. Se oye un trueno.

Algo le golpea en el interior del cerebro con tal fuerza que se ve arrastrado, como por un terrible viento, a orillas del Danubio. Otra vez está en el cuartel, encerrado en el cuarto de la estufa. Tiene el libro en la mano, el de su viejo sueño, y ahora lo abre por la última página. Pero no logra leer lo que está escrito. Se siente cada vez más débil, y por primera vez tiene miedo. 'Sabe bien que con solo dejar de pensar no tendrá razón alguna para creer que es'. Se incorpora bruscamente en la cama y le invade una terrible sensación de vacío. Muere en Estocolmo, en el invierno de 1650».

El texto está en la papelera. Basta un segundo para rescatarlo.

Descartes: sueño y verdad. Andrés Noval. Pincha: Restaurar. Cortar. Eliminar. Cierra la papelera sin decidirse.

Pincha vaciar la papelera.

No la vacía. Enciende un cigarrillo y apaga el ordenador.

«Quid vitae sectabor iter?» ¿Qué clase de vida debo seguir?

El móvil está sobre la mesa.

«Podemos ir a Moscú, ¿qué te parece? Estoy deseando besarte en la Plaza Roja», y le besa con tanta violencia que el paraguas se escapa dejándoles al descubierto.

Itziar no contesta. Marca el número de Elena. Sólo tiene que esperar un par de llamadas. Es su cumpleaños. Lo había olvidado, pero no se lo dice. Quedan para cenar.

A través del ventanal, las hogueras resplandecen sobre Hamada.

Pronto llegará el verano.

Arroja la colilla al váter. Mea con la mirada fija en los restos del cigarrillo que se deshacen bajo el chorro de orina.

Los veranos son agradables en Hamada.

Le viene a la memoria el final de la vieja canción marinera de *La isla del tesoro*: «Con uno de la tripulación tan solo vivo tras hacerse a la mar setenta y cinco».

Antes de cerrar la puerta de la calle, se enciende un cigarrillo.

Apoyada en la bicicleta, observa cómo arde la hoguera. Una humareda densa, cargada de cenizas, que irrita los ojos y la garganta, se extiende por el descampado y deja su olor penetrante pegado al pelo y a la ropa de la multitud que se agolpa en torno al fuego. Las llamas, muy rojas, veteadas de azul y amarillo, iluminan la noche de por sí clara y se elevan impulsadas por el viento que sopla cada vez con más fuerza. El cielo está cuajado de estrellas. El entramado de maderas, al rojo vivo, se hunde con un brusco chisporroteo. Elisa se sube en la bicicleta y pedalea alejándose de las llamas y de Corne. Pedalea rítmicamente, deja atrás la zona comercial de San Marcos, el puente viejo, la judería y la muralla y asciende pedaleando con todas sus fuerzas la empinada cuesta que va a parar a la carretera vieja. No se ve ni un solo coche. Sigue pedaleando entre los pinos, acompasando su respiración para soportar el cansancio, hasta que Hamada se pierde en la lejanía. En la distancia aún pueden verse, tenues, las luces. Al rato la carretera se hace más angosta y aumentan las curvas. Por fin, tras una de ellas, se divisa la sombra oscura del mar. Entonces Elisa se detiene.

La silueta sombría del islote de San Cristóbal corta la línea del horizonte.

Elisa da la espalda al mar. Vuelve a montar en la bicicleta y pedalea.

Pedalea cada vez más rápido, con determinación, sin detenerse ni desviarse un milímetro de su dirección, con la precisión de un tiralíneas sobre el papel.

Pasada Playa Ancha la carretera sigue su camino, más allá de Hamada, hacia alguna parte.

* * *







Títulos publicados

Migraciones

La mancha de la raza

Carta a un niño rumano
Marco Aime, 2014. 72 pág.
ISBN: 978-84-939633-6-1

Paremos los vuelos. Las deportaciones de inmigrantes y el boicot a Air Europa

Campaña Estatal por el Cierre de los CIE,
2014. 112 pág.
ISBN: 978-84-939633-5-4.

Quién invade a quién.

Del colonialismo al II Plan África
Eduardo Romero, 2011. 132 pág.
ISBN: 978-84-939633-0-9.

Un deseo apasionado de trabajo más barato y servicial. Migraciones, fronteras y capitalismo

Eduardo Romero, 2010. 144 pág.
ISBN: 978-84-614-0884-9.

A la vuelta de la esquina. Relatos de racismo y represión

Eduardo Romero, 2008. 123 pág.
ISBN: 978-84-612-7617-2.

Rodaré maldiciendo.

Poemas y arte callejero

Silvia Cuevas-Morales, 2008. 37 pág.
ISBN: 978-84-612-4533-8.

¿Quién invade a quién? El plan África y la inmigración

Eduardo Romero, 2007 (2ª ed.). 68 pág.
ISBN: 978-84-611-4544-7.

Los árboles de la muerte. Crónica de un inmigrante sin papeles

Marco Valle, 2004 (2ª ed.). 95 pág.
ISBN: 978-84-607-9379-3.

Memoria

Mi guerra de España

Mika Etchebéhère, 2014. 512 pág.
ISBN: 978-84-939633-4-7

Nos matan y no es noticia.

Parapolítica de estado en Colombia

Ricardo Ferrer Espinosa y Nelson Restrepo, 2010. 192 pág.
ISBN: 978-84-614-0084-3.

Incendiaros de ídolos.

Un viaje por la revolución de Asturias

Mathieu Corman, 2009. 170 pág.
ISBN: 978-84-613-0725-8.

Formación

Crisis y deuda externa. Las políticas del Fondo Monetario Internacional

Miguel Moro, 2005. 242 pág.
ISBN: 978-84-609-5602-0.

Contra la Unión Europea. Una crítica de la Constitución [agotado].

VV. AA., 2005. 48 pág.
ISBN: 978-84-609-4170-5.

Ecología

El oro de Salave. Minería, especulación y resistencias

(*CD documental El Oro de Salave, Jose Alberto Álvarez*) VV. AA., 2013.
208 pág. ISBN: 978-84-939633-7.

Ecología sobre la mesa. Recetas para las cuatro estaciones

María Arce, Íñigo González, Eva Martínez y Marina Tarancón, 2012 (2ª ed.). 184 pág.
ISBN: 978-84-939633-1-6.

Catalina y los bosques de hormigón

Ana Laura Barros y David Acera, 2007 (2ª ed.). 53 pág.
ISBN: 978-84-611-8953-3.

Oviedo detrás de la fachada

(*fotografía / texto-plano de Oviedo*).

María Arce, 2007.
ISBN: 978-84-611-6895-8.
Miguel Moro, 2007. 182 pág.
ISBN: 978-84-611-6896-5.

Más agua, ¿para qué? El Plan Hidrológico Nacional, el embalse de Caliao y la nueva cultura del agua

Beatriz González y Eduardo Menéndez, 2006. 119 pág.
ISBN: 84-611-0896-5.

Nos comen. Contra el desmantelamiento del mundo rural en Asturias

VV. AA., 2005. 195 pág.
ISBN: 84-609-7722-6.

Feminismo

La Madeja (nº 0). Aborto.

Publicación periódica feminista.
VV. AA., 2010. 64 pág.
ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 1). Migraciones.

Publicación periódica feminista.
VV. AA., 2010. 64 pág.
ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 2). Cuerpos.

Publicación periódica feminista.
VV. AA., 2011. 56 pág.
ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 3). Paisajes.

Publicación periódica feminista.
VV. AA., 2012. 56 pág.
ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 4). Amores.

Publicación periódica feminista.
VV. AA., 2013. 56 pág.
ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 5). Transgresiones.

Publicación periódica feminista.
VV. AA., 2013. 56 pág.
ISSN: 2171-9160.

Cuentos

Cosas que sucedieron (o no)

Miguel Ángel García Argüez, José María Gómez Valero, David Eloy Rodríguez y Amelia Celaya, 2013. 48 pág.
ISBN: 978-84-939633-3-0.

Este loco mundo. 17 cuentos

Miguel Ángel García Argüez, José María Gómez Valero, David Eloy Rodríguez y Amelia Celaya, 2010. 72 pág.
ISBN: 978-84-614-0083-6.

Fuera de colección

De la poesía

T. S. Norio, 2012
(coedición con Libros de la Herida).
496 páginas.
ISBN: 978-84-939633-2-3.

